

La Ilustración Artística

AÑO XIV

BARCELONA 14 DE OCTUBRE DE 1895

NÚM. 720

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartiremos á los señores suscriptores de la Biblioteca Universal el cuarto de los tomos correspondientes al presente año, que será la obra póstuma del ilustre poeta Zorrilla *La leyenda de Don Juan Tenorio*. Aunque esta obra no pudo ser terminada por su autor, el fragmento que publicamos, compuesto de unos siete mil versos, es importantísimo y constituye en cierto modo la primera parte completa de la leyenda, razón por la cual nos hemos decidido á publicarlo, seguros de prestar un servicio á la literatura patria y de complacer al propio tiempo á nuestros suscriptores.

La leyenda de Don Juan Tenorio lleva preciosas ilustraciones del genial dibujante D. José Luis Pellicer.

SUMARIO

Texto. - *Sainetes matritenses. Las influencias*, por A. Danvila Jaldero. - *Semblanza. D. Manuel José Quintana*, por S. López Guijarro. - *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. - *La capilla nacional rusa y los orfeones pamplonés y bilbalno*, por X. - *La vida contemporánea. Biarritz*, por Emilia Pardo Bazán. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Abandonada*, novela de Enrique Greville, con ilustraciones de Salvador Azpiazu. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *El halo fotográfico*, por Magus. - *Fascinación de las serpientes*, por Gustavo Le Comte. - *Nuevo aparato de destilación fraccionada*, por S. de B. - *La distribución de energía eléctrica en la fábrica de Henrión, de Nancy*, por J. Lafargue.

Grabados. - *Sainetes matritenses. Las influencias*, dibujo

de Méndez Bringa. - *D. Manuel José Quintana.* - *El orfeón bilbalno, El orfeón pamplonés* (de fotografías de Xatart). - *El contraalmirante D. Manuel Delgado Parejo*, fallecido en el naufragio del crucero Sánchez Barcáiztegui. - *Las recientes matanzas de cristianos en China. Tumbas de los misioneros asesinados cerca de Foochow.* - *Una huelga*, cuadro de Luis Bokelmann. - *El ilustre cirujano alemán Adolfo de Bardeleben.* - *El conde Casimiro Badeni*, nuevo presidente del Consejo de ministros de Austria. - *Luis Pasteur.* - Figs. 1 y 2. Fotografía de una escultura del interior de una iglesia. - Nuevo aparato de destilación fraccionada. - Vista en conjunto de una grúa eléctrica de seis toneladas, instalada en los talleres de M. F. Henrión, de Nancy. - *La capilla nacional rusa que dirige el maestro Dmitri Slawianski d'Agrenoff* (de fotografía de Rus).



SAINETES MATRITENSES

Las influencias, dibujo de Méndez Bringa

SAINETES MATRITENSES

LAS INFLUENCIAS

Ministerio de la Gobernación. - Dirección general de calamidades locales. - Negociado de incendios, ciclones y pedriscos. - Una oficina como todas con muchos papelotes y cuatro trastos, muy malos, pero que han costado muchísimo dinero.

I

EL SR. DE MEMBRETE, funcionario veterano, jefe del negociado, hojea con airado ademán un voluminoso expediente, que ocupa su mesa. GRASILLA, joven gomoso sentado al amor de la bien provista chimenea lee tranquilamente un periódico. En último término BALDUQUÍN escribe con lentitud un oficio, lanzando alguna que otra mirada á una taza de café que humea sobre la mesa inmediata, en la que al parecer debía haber otros dos empleados.

MEMBRETE. - ¡Así no es posible que haya administración ni nada! El Sr. de Chinarro hace tres meses que marchó como enfermo á su país, y esta es la hora en que ignoramos si se ha puesto bueno ó ha reventado. Pepito, como de costumbre, no ha parecido, y el oficial segundo se ocupa en leer los periódicos.

GRASILLA. - (Con aire impertinente.) ¿Qué decía, Sr. de Membrete, del oficial segundo?

MEMBRETE. - Que ya podía usted haber terminado la lectura. Me parece que con *La Correspondencia*, *El Liberal* y *El Imparcial* hay bastante para enterarse de lo que pasa en el mundo, sin necesidad de echarse al coletó el *Figaro* y el *Petit Journal*.

GRASILLA. - Pues mire usted, hoy vienen muy interesantes. Estoy leyendo aquí en el *Figaro* un artículo pistonudo sobre la guerra de China y el Japón. ¡Qué bien escriben estos franceses!

MEMBRETE. - Lo que yo quisiera es ver cómo escriben los empleados españoles los extractos que les ordenan sus jefes.

BALDUQUÍN. - No lo dirá usted por mí, que llevo ya copiadas tres minutas.

MEMBRETE. - No, hombre, si usted es el único que hace algo. Lástima que tenga usted una letra tan mala y una ortografía tan deplorable.

BALDUQUÍN. - ¿Y qué ortografía quiere usted por mil pesetas de sueldo con descuento, que disfruto hace seis años?

GRASILLA. - Calma, hombre, que en cuanto yo sea diputado, lo primero que hago es ascenderle á usted.

MEMBRETE. - Más valía que en vez de dispensar protección cumpliera usted con su deber. Hace quince días que tiene usted el expediente de Canarias sobre la mesa, y entre pitos y flautas aún no lo ha tocado usted, y el director me da cada sofocón que canta el misterio.

GRASILLA. - Ese director es un infeliz... Vaya, amigo Balduquín, un sorbito de café.

BALDUQUÍN. - (Tira la pluma y coge la taza, poniéndose á saborear el brebaje.) Muchas gracias, señor Grasilla. ¿Sabe usted que esta mañana he visto á Lolita y que me ha parecido que estaba algo incomodada con usted?

GRASILLA. - ¡Psh! Pobre chica. Es una de tantas que andan detrás de mí... Y á propósito, Sr. de Membrete, voy á tener que salir allá á las tres, porque me reuno en el salón de conferencias con varios diputados de mi tierra y quiero ver si colocamos al hermano de Lolilla, que quiere entrar en consumos.

MEMBRETE. - ¡Esto es inaguantable! ¡Imposible! No está usted nunca quieto en la oficina. No puede usted salir hasta que den la hora.

GRASILLA. - ¡Hombre, pues tendría gracia que yo no saliera y se perjudicara una familia desventurada!

MEMBRETE. - Si usted se va daré parte.

GRASILLA. - Délo usted todo, hombre. Me tiene sin cuidado. No hay en la casa nadie que se atreva conmigo. Soy un empleado político que ha venido aquí para descansar de sus trabajos electorales y no para emporcarme como una rata revolviendo papeluchos. Tengo mucha influencia, pero muchísima. ¿Lo entiende usted, Sr. de Membrete?

MEMBRETE. - Bueno: lo veremos. Me está cargando usted hace tiempo y voy á quejarme al señor director. (Sale.)

GRASILLA. - (Volviendo á coger el periódico.) Vaya usted con Dios..., buen hombre, y vuelva antes de las tres, porque si no, ya no me encontrará aquí.

BALDUQUÍN. - No le haga usted caso, Sr. de Grasilla; ese vejete está chiflado... ¡Ya quisiera él tener las influencias que usted tiene!

Despacho lujoso y confortable del director general de calamidades locales.

II

EL DIRECTOR, jefe de administración, regordete y colorado, fuma con delectación un habano, contemplando plácidamente las espirales que forma el humo mientras el SR. DE MEMBRETE, de pie ante la mesa, perora con animación.

MEMBRETE. - Sí, señor director. Aquello no es negociado, allí no hay más que yo que se ocupe de los expedientes. Así no se puede seguir: los oficiales no hacen los extractos, los auxiliares no copian las minutas y yo me agito en el vacío. Dígame usted, ¿qué hago?.

DIRECTOR. - Hace falta energía, Sr. de Membrete, mucha energía y nada de contemplaciones.

MEMBRETE. - ¡Sí, buen caso hacen ellos de mí! Ahí tiene usted á Chinarro, que se marchó con quince días de licencia verbal y hace tres meses que no ha parecido por la oficina.

DIRECTOR. - En efecto, es un abuso intolerable. ¿Y quién le dió esa licencia?

MEMBRETE. - Pues usted.

DIRECTOR. - ¡Yo! A ver, á ver... Chinarro... ¡Ah, ya recuerdo! Sí, hombre; ¡si ese es el hijo del cochero del jefe!.. Está muy delicado y no se le puede atisgar; pero él volverá, pierda usted cuidado. ¿Y quiénes son los otros?

MEMBRETE. - Pepito, el sobrino de usted, que sólo viene de uvas á brevas á estudiar la lección y copiar las explicaciones de clase.

DIRECTOR. - Ese es un buen muchacho que poco á poco va haciendo su carrerita. Ya le he dicho á usted que le considere mucho; su madre es hermana mía, y la pobre ha quedado viuda con seis hijos.

MEMBRETE. - Pero el peor de todos, el más insolente, procaz y desvergonzado es Grasilla, á quien un día voy á tirarle un tintero á la cabeza.

DIRECTOR. - Sí, eso es; energía, mucha energía y nada de contemplaciones.

MEMBRETE. - Ayer me faltó gravemente y hoy no ha venido; y yo, aunque soy incapaz de hacer daño á una mosca, me veo obligado á dar parte á usted para que se sirva imponerle una corrección de cinco días de suspensión de sueldo.

DIRECTOR. - ¡Caramba, amigo Membrete, qué geniazos me gasta usted más fuerte!

MEMBRETE. - ¡Poco á poco; este es un caso peliagudo! Ese Grasilla, á quien yo dejaría cesante de muy buena gana, porque en efecto es un trasto insoportable, tiene una gran influencia, y es recomendado de la duquesa de Rábano-Azul, y ya sabe usted que el señor ministro es su abogado, etc., etc., y en fin..., que no se puede. Lo siento infinito; pero hay que tener paciencia por ahora.

MEMBRETE. - ¡Pero señor director!..

DIRECTOR. - No hay pero que valga. Lo único que puedo hacer cuando se lleve á cabo un nuevo arreglo que medito de negociados, es destinarle á otra parte.

MEMBRETE. - Pues quedo yo bien...

DIRECTOR. - ¡Ah! Me ocurre una idea. No tiene usted allí á un tal Balduquín, un auxiliar de tercera.

MEMBRETE. - Sí, señor.

DIRECTOR. - ¿Y qué tal se porta?

MEMBRETE. - Es el único que hace algo, aunque poco.

DIRECTOR. - Conque poco, ¿eh? Yo arreglaré á ese mal empleado. Por primera providencia le impondremos tres días de descuento de sueldo, y si no se corrige veremos de proponer al señor ministro algo más gordo.

MEMBRETE. - ¡Pero si los otros son cien veces más culpables! ¡Si Balduquín es el único que escribe algo!

DIRECTOR. - Nada; hay que demostrar mucha energía, y ya que por las malditas influencias no podemos darles su merecido á los demás, castigaremos á ese y así escarmentarán en cabeza ajena.

MEMBRETE. - Por ese sistema también podría usted imponerme una corrección á mí para escarmentar á los subordinados.

DIRECTOR. - ¡Ja, ja! ¡Tiene gracia!.. Vaya usted con Dios, Sr. de Membrete, vaya con Dios, que todo se arreglará..

Otra vez el negociado de incendios, ciclones y pedriscos

III

EL SR. DE MEMBRETE escribiendo; BALDUQUÍN y PEPITO, personaje mudo, escuchando á GRASILLA, que habla con aire doctoral.

GRASILLA. - En Trijueque no sale más diputado que el que á mí me dé la gana. En las últimas elecciones D. Paco me llamó al ministerio y me dijo: «Grasilla, hay que dar el acta al barón de la Calandria,» y yo le respondí: «¡Imposible! Me he comprometido ya por García Panoli.» - «¡Pero hombre!..» - «Nada, que no puede ser...» Y todo un ministro tuvo que resignarse y decir: «Pues bien: haga usted lo que quiera,» y así ha sido... Y aún hay personas (guiñando un ojo y mirando á Membrete), que no sé cómo calificarlas, que tratan de minarme el terreno y andan con manejos poco delicados, diciendo si

trabajo ó deo de trabajar... Pero que anden con cuidado, que yo no soy un empleado vulgar, y me bastan cuatro líneas en uno de los periódicos en que colaboro para derribar, no digo á un jefe de negociado, sino á un ministro.

MEMBRETE. - Sr. Grasilla, ¿por qué no se va usted á dar un paseíto?

GRASILLA. - Con mucho gusto. Me voy á Marina á ver un almirante que acaba de llegar de Cuba y me trae un encargo del jefe del partido autonomista.

MEMBRETE. - Muy buena idea; así podría yo redactar esta Real orden, Pepito podría estudiar su lección y Balduquín no se embobaría escuchando las..., vamos, las fantasías de usted.

GRASILLA. - Me parece que trata usted de tomarme el pelo, y eso no lo consiento. Usted no se ha enterado de quién soy yo, y será preciso hacérselo saber. Me sobra influencia para...

(Un portero entreaire la mampara y dice sacando la cabeza: «Un oficio para el Sr. de Grasilla.»)

GRASILLA. - ¿Para mí? Lo esperaba: es el ascenso que exigen mis méritos.

MEMBRETE. - (Aparte.) ¡Será posible, gran Dios! ¡Qué barbaridad!

GRASILLA. - A ver, tráigalo usted.

(El portero entrega el oficio á Grasilla y al mismo tiempo tira otro sobre la mesa de Balduquín, diciendo: «Ese para ti.»)

GRASILLA. - (Abre el sobre con risueño ademán.) Atención, señores! «S. M. el Rey (que Dios guarde), y en su nombre la Reina Regente del reino, ha tenido á bien con esta fecha declarar á usted cesante.» ¡Cesante! ¡No puede ser; esto es una equivocación! ¡Atreverse conmigo? ¡Lo miro y no lo creo!..

MEMBRETE. - (Se levanta y le toma el oficio á Grasilla.) Sí, no hay duda, cesante..., y es usted; está bien claro el nombre. Querido, me parece que las influencias se han mojado con el temporal de estos días.

BALDUQUÍN. - (Con voz doliente.) ¡Y á mí tres días de haber de multa!

GRASILLA. - ¡Otra víctima del despotismo y la arbitrariedad! Así no puede haber administración, ni gobierno, ni patria... Este es un país perdido; la revolución se impone, y vendrá, Sr. de Membrete, y ¡ay de los jefes de hoy, que serán las primeras víctimas de mañana!

MEMBRETE. - Vaya, amigo, lo siento; pero qué remedio... Lo mejor que puede usted hacer es gestionar la reposición, ya que tiene tantas influencias.

GRASILLA. - Eso es pan comido, en cuanto yo vaya al salón de conferencias; pero ahora voy á exigir el ascenso, y si no, no vuelvo á ser empleado aunque me lo ruegue el presidente del Consejo de ministros con el sombrero en la mano.

La puerta del ministerio de la Gobernación

IV

BALDUQUÍN sale precipitadamente y tropieza con LOLA, joven morena y pizpireta, que revela en su traje y maneras ser doncella de casa grande.

LOLA. - Pero Sr. de Balduquín, ¿está usted ciego?

BALDUQUÍN. - ¡Ay Lolita, me han impuesto una multa de tres días de haber, y la verdad estoy mareado! Esto de no tener influencias... ¡Ah! ¿Sabe usted que á Grasilla lo han dejado cesante?

LOLA. - Lo sabía.

BALDUQUÍN. - ¡Pero si no hace aún una hora!..

LOLA. - Pues yo lo sabía ya ayer; como que por la mañana le dije yo á la señora duquesa: «Me va usted á hacer el favor de que dejen en seguida cesante á ese pillastre de Grasilla,» y la señora me respondió: «Descuida, que esta noche se lo diré al ministro.»

BALDUQUÍN. - ¡Demonio de Lola, es usted una potencia!

LOLA. - ¿Qué se había figurado ese *lipendi*, abogado sin pleitos, que después de haberle colocado iba yo á consentir que se burlase de mí yéndose á la Alhambra con la *piruja* de Leonor?.. Yo necesito que mi novio sea formal, pero muy formal.

BALDUQUÍN. - Si yo sirviera...

LOLA. - ¿Es usted soltero?

BALDUQUÍN. - Del todo.

LOLA. - ¿Y tiene usted mucho sueldo?

BALDUQUÍN. - Mil pesetas al año, porque como no tengo influencias...

LOLA. - Pero las tengo yo. Pásese usted esta noche á las diez por la portería de casa y hablaremos... ¡Si estuviese usted en condiciones para la plaza de Grasilla!..

A. DANVILA JALDERO



SEMBLANZA

De ningún gran escritor como de D. Manuel José Quintana ha podido decirse con mayor razón que su estilo era él mismo, y ningún otro ha hecho como él buena la afirmación general de que el estilo es el hombre. Quedarán las obras de nuestro glorioso poeta comprendidas á perpetuidad entre las de nuestras autoridades literarias, y servirán siempre de modelo y de enseñanza á nuestros futuros inspirados y cantores de las grandes cosas. Pero no alcanza sólo á nuestra literatura la trascendencia de aquel pensador insigne: los espíritus reflexivos adivinarán también, á través de su hermosa palabra clásica y sobria, de su puro estilo escultural, un gran carácter.

Privilegio es este de no todos los grandes escritores, cuyas ficciones no bastan siempre para definir la personalidad de su origen. Sin la biografía histórica tendríamos á Garcilaso por un bucólico orgánico, y á Quevedo por un chusco de profesión, y á Cervantes por un satírico acomodado y feliz. Pero Quintana sólo escribió sobre lo que sintió, y la forma en él, como en Tácito, no fué un nuevo disfraz, sino la expresión sincera de sus entusiasmos ó de sus anatemas, la obedecedora de su conciencia. Sus obras, sus inspiraciones todas traslucen el hombre; el alto y serio diapason de su lira revela siempre al espíritu enérgico, al férvido amante de la libertad y del progreso, al patriota indeclinable, al humanitario, al civilizador.

Pelayo, el Océano, la Imprenta, la Vacuna, América, la Independencia Española, el Escorial, Trafalgar, fueron sus principales asuntos: siempre lo heroico, lo admirable, lo portentoso, lo redentor. Puede asegurarse que en los ochenta y cinco años de su vida, de 1772 á 1857, aquel cerebro viril no declinó un momento en sus predilecciones intelectuales, únicas compatibles con la manera de sentir que las engendraba. Digno de haber vivido en alguno de los austeros períodos de la antigüedad, vivió en la España postrada y vencida, y su levantado corazón se dedicó á levantarla.

Los accidentes culminantes de su vida confirman igualmente las altas condiciones del hombre. El diputado de Cádiz, el auxiliar poderoso é indomable de la insurrección sagrada de 1808, el autor de los manifiestos del Gobierno provisional, el desterrado de Inglaterra, el prisionero del absolutismo en Pamplona durante seis años, el sabio presidente del Consejo de Instrucción pública, el profesor de la reina Isabel, el amigo y corresponsal de lord Holland, el coronado por regia mano en 1855, el que fué, en fin, como un ilustre escritor dijo en aquel acto solemne, «Plutarco en la Historia, Píndaro en la Poesía, Cincinato en la vida pública,» fué más que todo eso: fué un hombre honrado y valeroso, á prueba de sinsabores y catástrofes.

No resistimos al deseo de contar y de aducir, como testimonio elocuente del gran temple viril que sirvió de cualidad predominante á nuestro ínclito poeta, el siguiente suceso que hemos oído contar más de una vez á más de un esclarecido contemporáneo suyo:

Presentóse cierto día en la modesta casa de don Manuel, solicitando hablarle, un escritor novel, poeta incipiente, casi un adolescente de esos que, sin otra fuerza positiva aún que el instinto, por decirlo así, de su vocación literaria, pretenden llegar de la primera, desatentada carrera al Pináculo donde se sientan y descansan ya los probados, los veteranos, los que allí han llegado por incontestable derecho

propio. Traía como credencial una carta de recomendación de un respetable amigo de nuestro vate, y éste le recibió, y cuando el fogoso doncel le formuló su deseo, que consistía en leerle sus versos, Quintana se prestó á ello con angélica

paciencia, y el poetilla leyó.

Larga fué y pesadísima la lectura, que oyó D. Manuel sin pestañear. Y cuando concluyó, su única respuesta fué preguntar al invasor abusivo:

— ¿Qué edad tiene usted, amiguito?

— Tengo diez y ocho años, contestó sorprendido por aquella salida el interpelado.

— Pues bien, prosiguió el maestro: vuelva usted por acá cuando tenga veintiocho, ó sea dentro de dos lustros.

— ¿Y es eso, Sr. Quintana, todo lo que tiene usted que decirme?

— Todo.

— ¿Y me será permitido rogar á usted que me aclare el enigma?

— No hay enigma alguno en esto, caballero. Es sencillamente que yo creo que usted todavía no puede hacer versos.

— ¿Por qué?

— Porque los versos sólo pueden hacerlos los hombres. Sépalo usted, y agradézcame la indicación, y obre en consecuencia.

Un solo defecto grave ha señalado la alta crítica en el Quintana-poeta: la falta en su magnífica labor del sentimiento religioso, su silencio como creyente en el seno mismo de sus levantadas concepciones, de los trascendentales temas por ellas desarrollados. Es, en efecto, por lo menos singular, que un poeta de tan excelso vuelo, que trató siempre asuntos superiores, de esos en que el espíritu se pone necesariamente en contacto y relación con la suprema esencia creadora, guardase respecto de ella tan desconsoladora reserva.

¿Por qué esta contradicción? A nosotros no nos basta la disculpa vulgar y poco meditada del período crítico para su país en que vivió y se ocupó el poeta patriótico. Precisamente creemos lo contrario; precisamente creemos que cuando más graves, dolorosos y desgarradores son los objetos que aquí abajo, en la tierra, llaman la atención de los grandes ánimos, es cuando con mayor y noble ansia de ayuda y de fe alzan éstos sus ojos al cielo. La excepción de Quintana no nos la explicamos.

¿Estuvo su causa en su educación, en sus amistades, en el espíritu de aquel liberalismo racionalista de su tiempo, que tuvo que oponer negativas absolutas á las afirmaciones hipócritas y crueles de la tiranía? Es posible. Pero lo imposible á nuestro juicio es que, demostrándolo ó no, dejase el gran Quintana de creer en el aliento divino que informaba su propia naturaleza moral é intelectual. Para esto hubiera tenido que negarse á sí mismo.

Queda, como último recurso, la explicación artística. Quintana era un poeta esencialmente clásico, vaciado indudablemente en el molde de los inmortales artífices poéticos de Grecia y de Roma. Acaso los preceptos rígidos de la forma que cultivaba no se avenían con la inmixción de una religiosidad lírica que, para ser consecuente, tenía que ser pagana, y empequeñecerse al serlo. Y por esto prefirió callar.

Pero repetimos que el hombre que en Quintana conocemos es, á nuestro juicio, bastante inducción para negar en él un ateísmo absurdo. «¿No se muere una vez?», dice su musa patriótica; es decir: ¿Qué importa morir aquí abajo cuando se muere por un deber sagrado? Y quien profesa y proclama la religión del deber, profesa la más importante creencia humana.

S. LÓPEZ GUIJARRO

QUINTANA



VERDADES Y MENTIRAS

¿Quién no llora en se acordar de aquellas cosas pasadas que solían. ?

JORGE MANRIQUE.

Por hoy, no más que por hoy, queridos lectores, os pido gracia, para que este artículo, que debiera dedicar á las palpitantes cuestiones estéticas del día, lo dedique á *cosas pasadas*, por supuesto, artísticas también. *Vengamos á lo de ayer*, ¡ay!, olvidado, demasiado olvidado para desdicha nuestra; que lo de ayer, con sus defectos y grandezas, ha sido, al fin y á la postre, lo que ha engendrado lo de hoy. Y si grandes verdades y mentiras grandes nos dieron por herencia los siglos que han sido, no menores, ni mucho menos, son las que componen el bagaje que habremos de legar á los que nos sucedan. Para un problema resuelto hay centenares por resolver, y cada uno de éstos, es fundamento de hipótesis, unas más y otras menos aproximadas á lo cierto.

De gran mentira tildó á la sociedad moderna Max Nordau, y al arte adjudicó buena cantidad de azotes el desequilibrado pensador alemán. Como gran mentira, pues que lo hace producto de una sociedad de perturbados, nos describe Taine, el arte gótico, y como parto de imaginaciones enfermas señalan muchos publicistas la obra artística de la época romántica. Dícnos, pues, de todas las transformaciones y evoluciones de la belleza, casi lo mismo; sálvanse tan sólo de aquel juicio los griegos y el Renacimiento.

Firme en parte, en parte absolutamente falso, es el punto de vista en donde se coloca la crítica para dictar tal fallo. Firme, en cuanto juzga con arreglo á los conocimientos adquiridos hoy, con arreglo al positivismo especulativo moderno, con arreglo á las doctrinas político-religiosas imperantes, con arreglo á las costumbres que se han creado. Falso, en cuanto el criterio que se aplica al estudio crítico de las manifestaciones artísticas de la Edad media especialmente, adolece del desconocimiento de causas importantes como factores en el modo de exhibirse del sentimiento de lo bello en aquellos siglos. Falso, por cuanto ni medio ambiente social, ni medio histórico, ni medio estético, ni medio religioso y político, ni siquiera las aspiraciones nacionales se parecen en nada. Pedidle á un Rothschild novelista que os describa la vida angustiosa del proletario y que os haga sentir con la pintura de un drama de la miseria.

* *

Gústame escapar, siempre que me es posible, á la atención que exige la labor diaria, y á esas ciudades

donde la fe de nuestros antepasados y su amor á la patria y su idolatría por las libertades comunales y su respeto á todo poder dejó como indelebles muestras, monumentos y obras de todo arte, dedicar esos instantes de asueto que me permito. Ávila, Segovia, Toledo, Salamanca, Burgos, León, Alcalá, son para mí ciudades donde me despojo de las ligaduras que me ciñeron el positivismo de la sociedad moderna, la inflexible ciencia de la crítica, el ambiente intelectual que respiro. En esas ciudades olvido verdades descubiertas por la Historia, las decepciones que ha sufrido la leyenda, las leyes que rigen á la ordenación metódica de todo sentimiento para que éste no marche tras lo fantástico ó lo utópico. Olvido lo real, en fin; olvido que vivo en los últimos días del siglo de la electricidad, de las ciencias experimentales, para dar rienda suelta á mis deseos de libertad espiritual, á mis sueños, á mis cariños por el pasado. ¿Qué se me importa de las verdades que descubrir puedan los arqueólogos y los historiadores y todos los hombres de ciencia, que escudriñan las ruinas de los monumentos de otros siglos, y en fin, las reliquias de sociedades ya desaparecidas para siempre? ¿Qué se me importa que no hayan existido jamás los amores de la mujer de Juan II con el poeta Juan Rodríguez? ¿Qué se me importa que Florinda haya sido un mito, y que la leyenda de la *Peña de los enamorados* no pase de la categoría de un cuento de amores? ¿Qué se me da que el hada Rouriz, que allá en la vieja Suevia peina sus cabellos negros como la noche, con peine de oro, sea una ficción? ¿Por qué no he de ver en aquella estatua sedente, tallada en mármol, la *vera effigies* de alguna hermosa dama mora convertida al cristianismo para compartir el tálamo con algún Girón, algún La Cerda, algún Córdoba?

Yo me pregunto ¿qué es el arte sino la ficción de la verdad, ó por lo menos de lo posible? La naturaleza vista á través de un temperamento; agregad á la *naturaleza* todo cuanto el hombre ha producido de arte, todo cuanto pueda adivinarse en esa producción, y aun no saliendo de la lógica, el artista, el literato, pueden forjar Florindas y Beatrices, idilios y dramas: ¿no existieron?: pudieron haber existido.

Enseñan en Toledo los muros del palacio del último rey visigótico; cercano, el baño de la hermosa hija del conde D. Julián, y han dicho los arqueólogos que ni allí se bañó jamás la *Cava*, ni allí vivió D. Rodrigo. Bien, ¿y qué? Yo no hago caso de la ciencia, en ese punto; y las noches de luna, cuando me encuentro vagando al azar por las tortuosas calles de la ciudad del Tajo, voy hasta la orilla del río, miro á los muros ruinosos que parecen restaurar las sombras y que alumbraba la *antorcha de las ruinas*, que dijo Madame Staël del satélite de la tierra, y creo escuchar en el murmurio de las aguas y en el susurro de las hojas de los árboles voces misteriosas, ecos de conversaciones íntimas, apasionadas; y sueño, sueño despierto, reconstruyendo la hermosa leyenda que inspiró á Fray Luis de León aquella no menos hermosa oda que comienza: *Folgaba el rey Rodrigo...*

¿Por qué no he de soñar? Espíritus atrofiados, generaciones entecas, los que dan á la imaginación suelta para abstraerse en la tarea de forjar mundos quiméricos: tal dicen con Zola los naturalistas. Mas el autor de los *Rougon* forja idilios, dramas y comedias: no habré de singularizar ahora el medio en que se desarrollan; pertenecen al presente, y ¿son más reales que los que forjar pueda el artista enamorado de las *cosas pasadas - que solían?*.. Pedidle al amador del pasado verdad en los afectos, en las pasiones que pinte, y eso es todo.

Mirando al cielo pasaron su vida generaciones tras generaciones; mirando á la tierra, mejor dicho, analizando el átomo, pasan su vida también las generaciones modernas; aquéllas cimentaron la sociedad que hoy vive, éstas la sociedad que ha de suceder á la actual; la obra de ambas es inmensa, y ambas obras son una misma: ¿por qué desdeñar lo que fué? ¿porque pasó?, ¿porque ya no ejerce influencia en el desarrollo de nuestra cultura? Nada ha pasado al olvido, en el arte; nada de lo producido por el artista y el literato en los siglos ha dejado de ejercer influencia en la cultura de hoy, como no dejará de ejercerla en la de mañana y en la de siempre. Nada produce ni ha producido el arte, que no tenga una base real y positiva. Hablar de desproporciones, de delirios, de desorbitancias, á propósito del gótico, de la imaginería románico-bizantina, por ejemplo, lo considero herejía grande. Es la rotura de la cimbra semicircular, la elevación de los haces de las columnas del estilo ojival, las dislocaciones de las líneas geométricas, combinación constante de la forma; y la forma la busca el sentimiento, con sus intuiciones, en la realidad, en la Naturaleza. Ni en el más espantable de los vestigios que esculpir pudo el mazonero de la Edad media, en frisos, entrepaños, capite-

les, etc., deja de existir una sola línea que no se halle en el reino animal. ¿No existe en la Zoología el tipo fantaseado compuesto de distintos elementos de forma, que separadamente pueden apreciarse en diferentes especies? Ciertamente que no: mas aquel vestigio, aquella alimaña con cabeza humana y alas de murciélago y cola de serpiente y garras de dragón, es un símbolo que sintetiza una realidad de orden moral: el artista encontró la expresión plástica de un vicio, de una virtud, de una aspiración, como el filósofo un apotegma con que definirla.

* * *

¿Por qué, pues, con la figura del conquistador de Toledo, con las de sus vencidos los moros, con aquella puerta tapiada del *Cristo de la Luz*, con aquella capilla de la misma advocación que la puerta, no he de poder forjar un drama ó un idilio, crear una obra de arte? ¿Qué importa que hayan pasado aquellas gentes y aquellas costumbres y, en fin, todo aquel mundo, si puedo producir una emoción estética, si puedo producir una belleza? El amor dió vida á Clitemnestra, la dió á Cleopatra, la dió á Inés de Castro, la dió á Eloísa, la dió á cientos de creaciones dramáticas, así literarias como pictóricas y escultóricas; la venganza inspira el *Orestes*, *Hamlet*, el *Cid*: ¿existieron los dos primeros?: dúdase de la existencia del *Cid*, y sin embargo, viven todos con vida propia é inmortal, como lo son el sentimiento, la pasión, la virtud que personifican.

Y el artista debe buscar fuentes de belleza allí donde su temperamento le indique. Realísimo es el cuadro del pintor alemán Deffreger, que representa á un postillón aprovechando el momento que le deja libre la muda del tiro de la diligencia que guía, para correr, á hurtadillas, á la ventana donde le aguardan los labios frescos de la novia; mas ¿por qué no ha de ser real también el beso de Inés á través de la reja del convento? Román Ribera pinta en la *salida del baile*, mujeres hermosas, caballeros con frac, lacayos que abren las portezuelas de lujosos carruajes, el disimulado canto de amor de un galán en el momento en que la dama, como al descuido, acerca la rubia cabeza á la cara de aquél; ¿por qué no ha de ser verdad el canto de amor de aquel doncel que en la tortuosa y callada callejuela toledana, habla á la doncella que guardan celosías y rodrigones?

Recordaré mientras viva, la emoción inmensa que experimenté en Toledo cierta noche. Serían las doce y acompañábanme mi colega Alcántara y el pintor Maximino Peña, bien conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Habíamos recorrido una buena parte de la imperial ciudad, reconstruyendo leyendas, hechos históricos, evocando figuras; ya parados ante San Juan de los Reyes, bien ante la catedral, ya en la penumbra de Santa María la Blanca, ya en el *Cristo de la Luz*, ora delante del palacio de D. Pedro, ya mirando los negros y derruidos muros del palacio del conde de Benavente, palacio quemado por el fiero prócer castellano, por considerarlo deshonorado con la presencia en él del condestable de Borbón, cuando al revolver de una estrechísima calle, donde ardía un farolillo ante una imagen, donde los moriscos ajimeces se veían medio velados por la penumbra del enorme alero del tejado, donde las salientes y labradas rejas avanzaban hacia la calle, defendiendo tupidas celosías, donde no se veía sino débilmente el desnivelado piso, oímos de pronto los preludios de una guitarra, tocada magistralmente, y en seguida una voz de mujer, fresca, dulcísima, que cantaba una granadina. Gran rato estuvimos en suspenso, sin atrevernos á romper aquel encanto, aquella misteriosa corriente de intensa emoción, que nos redujo á la más absoluta inmovilidad, á no sentir ni el frío de la noche, ni el cansancio, ni molestia alguna física, que absorbía por completo todos nuestros sentidos. Calló la voz aquella, la guitarra terminó en unas notas que parecían una queja, el silencio volvió á imperar en la calle y nosotros aún estuvimos durante algunos minutos mirando á la reja por donde salía el débil resplandor de una lámpara, esperando á que volviese á sonar el morisco instrumento y á cantar la canción andaluza, aquella garganta de oro. Si alguna vez soñé despierto, por mejor decir, si alguna vez hemos soñado despiertos Alcántara, Peña Muñoz y yo, fué en aquella hora de esa memorable noche. Alcántara, en el paroxismo de un entusiasmo romántico indescriptible, nos pintaba el tipo de la no vista cantora, vestida de orientales telas, caídas por la espalda las negras y largas trenzas de ondulosa cabellera, brillantes los grandes ojos, con el recuerdo del apuesto caballero que justara aquella tarde, obligando á morder el polvo á sus enemigos; nos describía las redondas formas de la bella mora, que mora debía ser precisamente y no cristiana, con tan-

ta gallardía, con tal convicción, que se creyera que había visto aquella Zaida ó Lindaraja. Peña Muñoz componía *in mente* un cuadro donde todo debía ser misterio, color, voluptuosidad. Por mi parte, desde el instante en que se rompiera el encanto, se apoderara de mí honda melancolía, casi tristeza. Despertara á la realidad con la conversación de mis compañeros, y aquellas ligaduras de que más arriba hablo y que me impuso el positivismo de la crítica, ataron de nuevo mi fantasía, y la fría razón comenzó á poner en sus términos, más ó menos pesimitas, como son los del punto de vista de la razón hoy, si no el escéptico, cuanto constituía aquella escena. Figúreme que la dueña de aquella voz tan fresca, tan dulce, tan amorosa, era fea; que las negras y largas trenzas con que nos la pintara Alcántara, quedaban reducidas á unos cuantos mechones de lacios cabellos, recogidos con arte escaso; que las redondeces de sus hombros y de sus brazos y cuello convirtiéranse en flácidas líneas; que tras de aquellas rejas y ajimeces moriscos, veíanse unas cuantas sillas de Vitoria, una cómoda vieja, unas estampas de litografía iluminadas, en sendos cuadros de pino; que el que tenía la guitarra sería quizá un parroquiano de casa *non sancta*, y ella la inquilina...

Mas con todo esto, el lugar de la escena, la decoración, eran los mismos, con variantes escasísimas de los días en que moros y cristianos justaban y guerreaban; de los días en que una princesa mora, paraba en esposa de un rey cristiano, ¿por qué no figurarme que el que tenía la guitarra no fuese un doncel y la que cantaba una hermosa?

¿O es que la realidad en el arte es solamente lo que se copia en el momento? No hay más que una verdad, como no hay más que una belleza: lo que hay es que cada generación ve y entiende la verdad según el ambiente que respira ó que le ahoga; y hoy nos ahoga el positivismo.

R. Balsa de la Vega

LA CAPILLA NACIONAL RUSA

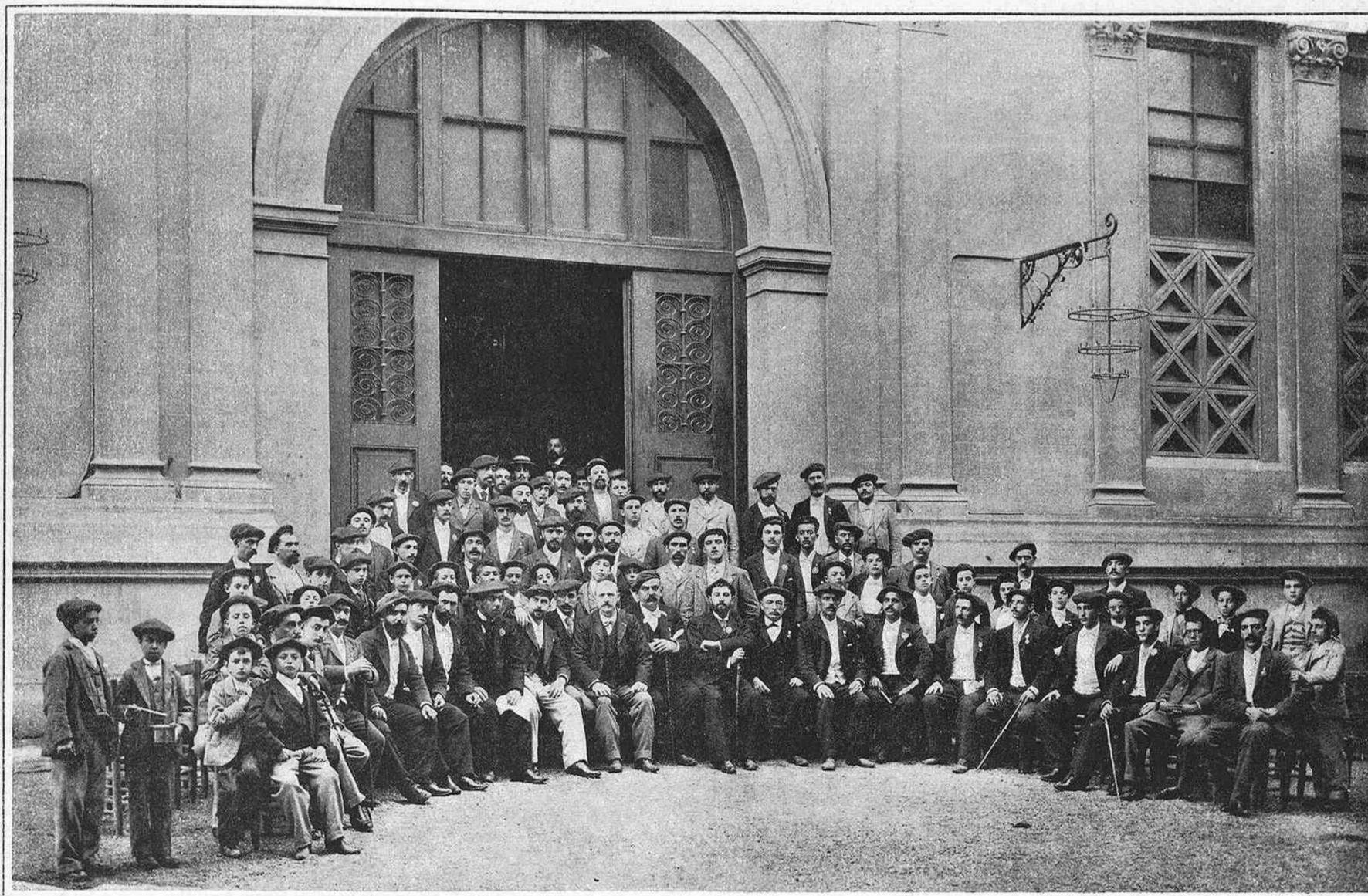
Y LOS ORFEONES PAMPLONÉS Y BILBAÍNO

Aunque en un mismo artículo agrupamos estas tres entidades que recientemente han visitado nuestra ciudad, no estableceremos entre ellas comparación alguna, pues sobre ser las comparaciones odiosas en la mayoría de los casos, en el presente resulta imposible la que hacer intentáramos, dado que los términos de la misma no son completamente iguales, según tendremos ocasión de demostrar con el ligero examen de las condiciones de cada uno de estos coros.

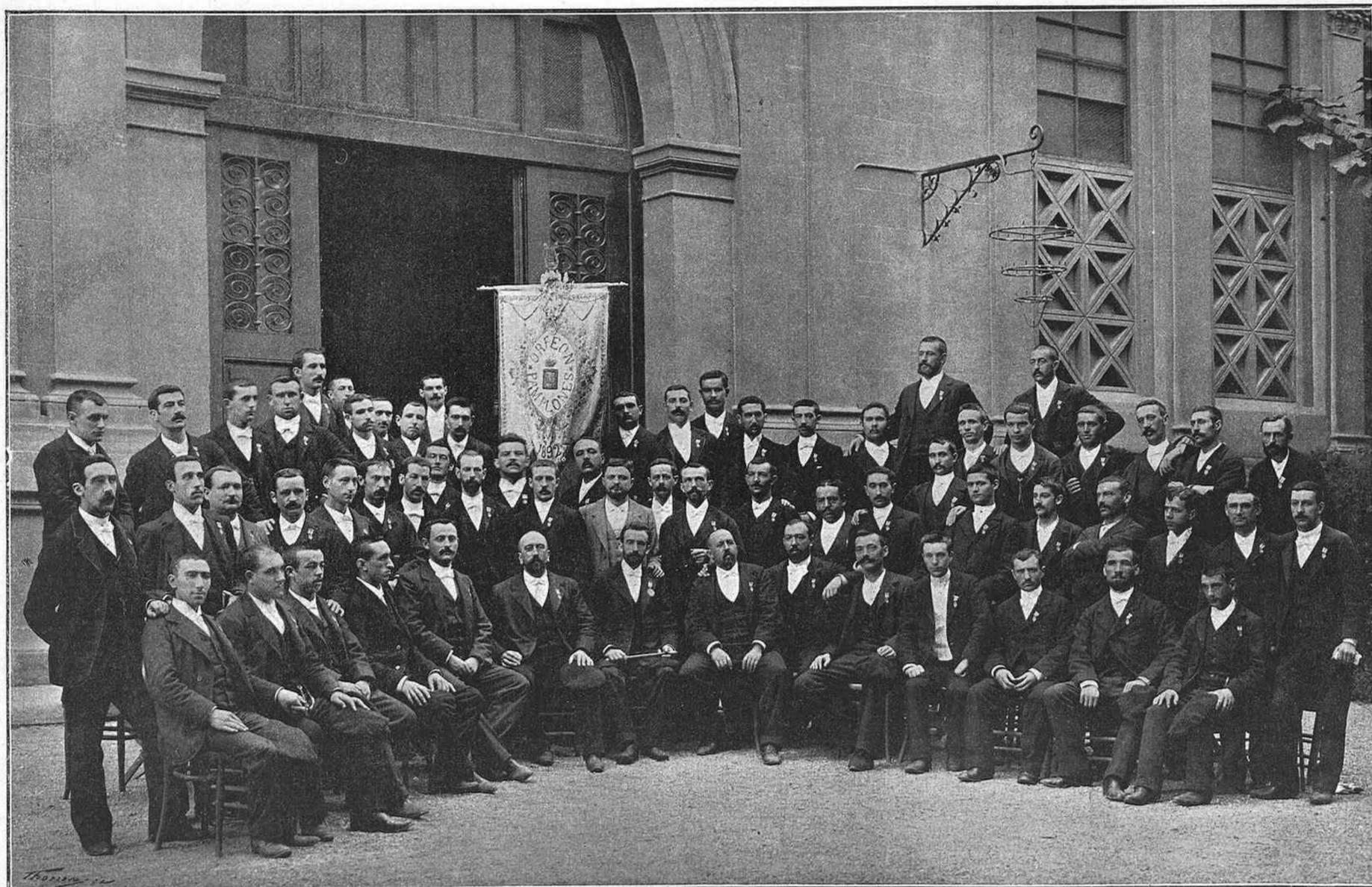
Por el orden en que han venido últimamente á Barcelona los enumeraremos en el título, y por el mismo orden haremos algunas indicaciones, necesariamente breves y sin pretensiones críticas, acerca de la capilla rusa y de los orfeones pamplonés y bilbaíno.

La capilla nacional rusa, dirigida por el maestro Dimitri Slavianski d'Agrenoff, viene recorriendo hace dos años las principales capitales de Europa: la componen unos cincuenta individuos, entre mujeres, hombres y niños, vestidos con ricos y originales trajes de su tierra, y su repertorio lo forman las canciones populares y los cantos sacros de su país, melodías, ora alegres y retozonas, ora vagas y melancólicas las primeras, sucesión de majestuosas armonías los segundos, y unas y otros de un efecto encantador, no sólo por su belleza intrínseca, sino que también por la manera magistral con que son ejecutadas.

Las maravillas de ejecución que en la capilla rusa admiramos, no pueden producirse sino con los elementos que la integran y por virtud de la organización que ha podido darle su director: cada corista ha recibido una instrucción y una educación musicales completas, que á todas horas perfecciona, pues la música constituye su única profesión y á ella exclusivamente se consagra; y así hemos podido ver que desde el niño casi infante hasta el hombre de edad madura cantan todas las piezas de su vastísimo repertorio sin ayuda de papeles y casi sin mirar al maestro Slavianski, que vuelto de espaldas á los ejecutantes apenas marca ligeramente con los brazos el compás de las piezas y la acentuación que debe darse á algunas de sus frases. Siempre los mismos en su peregrinación artística, de tal modo se ajustan y se completan unos á otros, que más que voces humanas parecen dulces notas de órgano unidas en armonioso acorde por efecto mecánico de la presión sobre el teclado de la mano de un consumado profesor. En los pianísimos, en los crescendos, en los fuertes, en las transiciones más bruscas, no se percibe la menor discrepancia; diríase, apurando el símil, que aquellas gargantas son otros tantos registros del órgano expresivo que á la vez reciben de los fuelles la misma cantidad de aire que á un mismo tiempo aumenta ó



El orfeón bilbaíno, de fotografía de Xatart



El orfeón pamplonés, de fotografía de Xatart

disminuye la intensidad y el número de las vibraciones de las metálicas lengüetas. Esto, la admirable combinación de las voces, especialmente las agudas y argentinas de los niños y las claras y sonoras de los bajos y el predominio de la media voz, constituye, en nuestro concepto, el secreto de la perfección que tan justamente nos ha entusiasmado á cuantos hemos asistido á los conciertos de la capilla rusa.

Ya hemos dicho que los coristas rusos son todos y cada uno músicos consumados: buena prueba de ello nos han dado en su excursión por España. Llegaron á Barcelona, y la casualidad puso en manos del maestro Slavianski algunas canciones populares catalanas recogidas y publicadas por nuestros paisanos los señores Alió y Morera: enamorado de las bellezas de nuestros sencillos cantos, quiso que la capilla rusa aprendiera algunos, y en efecto, al cuarto concierto, es decir, á los pocos días de estar entre nosotros, sus dos hijas Inna y Margarita nos deleitaban cantando *en catalán* varias sentidas melodías de nuestra tierra, que con ajuste y colorido imponderables acompañaba aquel coro sin par, muchos de cuyos individuos á la segunda vez pudieron prescindir de los papeles y cantar de memoria las no fáciles armonías de aquellas composiciones. Y lo mismo que en Barcelona sucedió en las Provincias Vascongadas y en Galicia, habiéndose traído de allí la capilla el *Guernica ko arbola* y una deliciosa canción gallega que en sus idiomas originales nos ha hecho oír cuando, de regreso de aquellas regiones, ha dado en Barcelona una segunda serie de conciertos.

No poca parte de los laureles conquistados por el maestro Slavianski y su capilla corresponden á su esposa; notable compositora y socia activa de mérito de la Sociedad Imperial de Geografía y Arqueología de San Petersburgo y de la Sociedad de Autores y Compositores de París: Olga Slavianski d'Agrenéff, en efecto, es quien ha transcrito y arreglado todos los cantos que en los conciertos se ejecutan, demostrando en esa labor grandes conocimientos musicales y dotes no comunes para producir con los temas más sencillos los efectos más asombrosos.

En suma, la capilla rusa es un conjunto de elementos valiosísimos reunidos bajo la inteligente dirección de un gran músico que tiene por objeto principal, casi único, dar á conocer en el extranjero los acentos viriles de los himnos á sus héroes, las alegres canciones con que animan las fiestas en sus aldeas, las plañideras notas con que expresan sus cuitas sus almas enamoradas, las típicas melodías con que se acompañan en sus faenas en los campos ó en los ríos, las enérgicas estrofas con que sus guerreros se excitan para la lucha y los acordes solemnes en que salen envueltas sus plegarias. En sus cantos está el alma toda de un pueblo: ¡qué mucho, pues, que al unísono de ellos vibren, á impulso de emoción hondísima, los corazones de todos aquellos que en el pueblo hallan la fuente más pura de la música y de la poesía!

Muy distinta es la organización de nuestros orfeones: la música es para nuestros coros, no una profesión, sino un entretenimiento; no la base de su existencia, sino el placer á que se entregan buscando descanso en sus trabajos habituales. Y sin embargo de esto, los orfeones pamplonés y bilbaíno son buena prueba de que el entusiasmo artístico ayudado del estudio puede llevar á la perfección, aun dentro de esas condiciones relativamente poco favorables para llegar á dominar el arte de los sonidos. Los orfeonistas de Pamplona y de Bilbao, merced á sus conocimientos de solfeo y de vocalización, han conseguido formarse un abundante y escogido repertorio é interpretar de una manera acabada las piezas que lo constituyen, algunas de ellas llenas de dificultades que sólo á los maestros en el canto es dado vencer. Díganlo si no, entre otras, las *Escenas tártaras*, *La retirada*, *Las tres*, que ejecutan los pamploneses con una afinación y colorido admirables, y *La cena de los Apóstoles*, de Wagner; el *Stabat Mater*, de Ledesma; la sinfonía de *La flauta mágica*, de Mozart, y muchas más que ejecutan maravillosamente los bilbaínos. Unos y otros tienen en su repertorio multitud de cantos populares de la región vasco-navarra, y si los primeros entusiasman con los alegres aires de su preciosa jota, los segundos despiertan dulces emociones con los delicados acentos de sus incomparables zortzicos, y aquéllos y éstos hacen vibrar las fibras del patriotismo con las valientes notas del himno inmortal de Iparraguirre.

El orfeón pamplonés se compone de unos setenta individuos, artesanos en su mayor parte, y en sus comienzos figuró en él como corista el que poco después había de ser el más grande de los tenores, el inmortal Gayarre. En 1892 fué objeto de una reorganización y á los pocos meses tomó parte en un concurso de orfeones celebrado en Bilbao, obteniendo

por unanimidad los tres primeros premios á pesar de luchar con 27 sociedades, francesas en su mayoría, que contaban en su historia brillantes triunfos. En 1893, en el concurso de orfeones de Santander alcanzó tras reñida lucha el único premio concedido, y al año siguiente lograba una honrosa distinción en el de Valladolid. El orfeón pamplonés ha contribuído en varias ocasiones á aliviar desgracias públicas con el producto de sus conciertos: la Asociación de la Cruz Roja recibió de él un importante donativo, al igual que las víctimas de la explosión del vapor *Cabo Machichaco*, ocurrida hace dos años en Santander. Es presidente honorario del orfeón el ilustre violinista Sarasate, que dedica todos los años tres conciertos á su sostenimiento y al de la Sociedad de los Conciertos de Santa Cecilia, de Pamplona.

El orfeón bilbaíno lo forman unos cien orfeonistas y cuarenta niños, y tiene corta pero brillante historia: apenas creado, ganó un primer premio en Guernica; en 1888, cuando nuestra Exposición universal, obtuvo el primer premio, medalla de oro y 7.500 pesetas, en reñida lucha con los más antiguos y afamados orfeones nacionales y extranjeros; en 1890, primer premio en Santander; en 1891, premio de honor y dos primeros premios en San Sebastián; en 1891, premio de honor y dos primeros premios en San Juan de Luz; en 1892, primer premio de honor en Madrid; en 1893, premio de honor y dos primeros premios en Biarritz, y en 1894 corona de honor y dos medallas y coronas de primeros premios. Además en los citados concursos de San Juan de Luz y de Biarritz obtuvo dos magníficos jarrones de Sevres, que el presidente de la República francesa había destinado á quien más se distinguiera entre orfeones, bandas y orquestas.

Tal es, en breve síntesis, la historia de los dos orfeones que recientemente nos han visitado. La venida á esta ciudad es honrosísima para los barceloneses, en primer lugar por la prueba de afecto á nuestro pueblo que su excursión supone, y en segundo por la significación que para nosotros tiene el testimonio de respeto y admiración que vinieron á tributar á nuestro inolvidable Clavé. Si el inspirado autor de *Las niñas del Ter*, *Las flors de Maig* y *Los nets dels Almogàvers* resucitara, maravillárase en presencia del progreso inmenso que en la historia de las sociedades corales significan asociaciones como las de los pamploneses y bilbaínos; pero al mismo tiempo se enorgullecería al ver que esos frutos opimos habían nacido de la simiente que él sembrara.

Perdónennos nuestros hermanos de Pamplona y de Bilbao este rasgo de legítimo orgullo y no tomen á mal que al enviarles desde LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA la expresión de nuestro cariño sincero y de nuestra admiración entusiasta, terminemos este artículo diciendo: ¡Gloria al fundador de la primera sociedad coral de España! ¡Gloria á los continuadores de su obra! — X.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

BIARRITZ

Más coquetona que San Sebastián mil veces, conservando en medio de su lujo y su esplendor aristocrático dejos y matices que recuerdan el antiguo pueblecillo de pescadores, Biarritz atrae y convida á un veraneo más grato por muchos estilos que el de la capital de Guipúzcoa.

No es extraño que la situación de Biarritz cautivase á la emperatriz Eugenia instigándola á construir el palacio y el extenso y ameno parque convertidos hoy, ¡oh vicisitudes de la fortuna!, el primero en fonda cara y el segundo en jardines y solares que explota el Ayuntamiento. He oído discutir acaloradamente las playas de Biarritz, su comodidad, su seguridad; tienen fama de pérdidas, pero en todo esto pueden entrar por mucho los inevitables celos de otras playas; lo que no cabe negar es que, á la puesta del sol, las de Biarritz ofrecen un espectáculo grandioso, hasta sublime. Escollos negros donde revienta el furioso oleaje; infinita extensión de un verde sombrío surcado por franjas de blanca espuma; sobre un arco natural de rocas, la imagen de la Virgen, que ha escuchado la plegaria de agonía de los naufragos ya casi hundidos en el abismo..., y al lado de estos furores, ensenadas tranquilas, arenales bonitos, casetas cucas, sillas galápagos de paja, orquestas que tocan mientras se baña la gente, siluetas de bañistas de lo más *copurchic*..., tal es el aspecto de Biarritz, pueblo tan español como francés, que parece haber heredado la personalidad mixta de la encantadora dama que lo puso de moda.

Aunque caído de su imperial esplendor, no desmayó Biarritz y continúa procurando captarse á los

extranjeros. En julio y agosto forman su clientela españoles; en septiembre, octubre y hasta muy entrado el invierno, Biarritz se inunda de ingleses. Las tiendas — que son primorosas — están consagradas mitad á España y mitad á Inglaterra. Esos desmesurados gemelos marinos, esos recios bastones de montaña, esos gorros informes que quitan el sol, á los ingleses se destinan; en cambio esas panderetas de moños rojo y gualda, esos abanicos con majas de traje bordado de lentejuela, esas sombrillas cuyo puño es un estoque de torero, son el genio de España traducido á un francés de folletín... Una tienda de verdaderos productos españoles, en Biarritz no existe: sería quizás un buen negocio, pero el caso es que aquí España aparece ataviada como la *Carmen* de Bizet.

Antes Bayona disputaba á Biarritz el privilegio del contrabando elegante. A Bayona era adonde las señoras iban para elegir el sombrero, el abrigo, el traje, y á gozar las deliciosas emociones del *paso por alto* en la frontera. Recomendaciones de amigos; estrategias de todo género, de esas que la guerra justifica; habilidades florentinas y audacias españolas, todo se ponía en juego para evitar pagar los derechos de entrada de los trapitos que habían de lucirse en la próxima estación. Las modistas de Bayona, si tenían la suerte de vender mucho, en cambio tenían la desgracia de que antes de que cantase el gallo renegasen de ellas tres veces sus parroquianas: ningún pingó, apenas cruzada la frontera, se vió que fuese de Bayona; el que menos se ufano con el nombre del difunto Worth ó con la marca de Doucet ó Laferrière. Esta misma superchería se repite hoy en Biarritz. Así que llega á Madrid, el género biarrés se vuelve parisiense — puro, neto y legítimo, y sube en precio unas tres cuartas partes, — porque hay que decirlo en justicia, las modistas de Biarritz no son careras y trabajan bien — tan bien que facilitan el consabido *timo* de la procedencia parisiense.

Tiene el *paso por alto* el picante atractivo de lo prohibido y un saborete dramático, un susto agradable. Es preciso desplegar habilidad suma y valerse de mil tretas para engañar á los *vistas*. Al borde de las faldas flamantes se cose un volante ajado, para demostrar que tocaron el suelo; en los cuellos se colocan golases lacias y encajes sobados y arrugados; á los sombreros se les pasa un agujón para enseñar la picadura; los zapatos se refriegan por la suela contra el piso, y parecen puestos; á guantes y medias se les quita la etiqueta, se enrollan, y ya pierden las trazas de nuevecitos que tenían. Si un moralista me pregunta qué opino de esto del contrabando, me verá apurada para responder. En primer lugar, el que no contrabandea para lucrarse, para comerciar con el género, está en distinto caso del que quizás realiza, en uno de esos negocios de fraude, beneficios de miles de pesetas. La persona que sale de España, gasta dinero, paga el quebranto del cambio y sobre las mil molestias y perjuicios del viaje, por instinto cree que la menor compensación que lograr puede, es traerse un traje ó un abrigo algo más barato, y entiende que no incurre en pecado mortal al eludir disposiciones tan necesarias, pero tan molestas, como las del régimen prohibitivo aduanero. Algo significa el que gente honradísima, delicada en todas las demás cuestiones, incapaz de quitarle á nadie ni un céntimo ni un millón, no escrupulice en *pasar* sus compras, y no crea gravada su conciencia por trapo arriba ó trapo abajo.

Son en Biarritz las fondas menos caras y mejores que en San Sebastián: su mobiliario y su servicio ofrecen ese aspecto limpio y gracioso peculiarmente francés: más fácil sería encontrar en Biarritz una mosca blanca que un mantel sucio ó que una cara fruncida y poco amable en el personal de hospedería. Será efecto del interés, no lo niego; pero el francés que hospeda, chorrea miel y jarabe. Y así como hay poblaciones donde parece que no existen las personas acomodadas, pues por ninguna parte se las ve, en Biarritz se diría que no hay pobres; las calles están llenas de peripuestas damas y caballeros de trazas adineradas y finas, vestidos de buen paño inglés, con cuellos y corbatas de nivea blancura, y barbas bien cuidadas y relucientes. Las tiendas brillan, atestadas de objetos de precio, joyas, flores raras, guantería, perfumería de esa que seduce sólo por los envases de tallado vidrio y de porcelana exquisita; y á las cuatro la confitería y pastelería de moda deslumbra: parece un salón de Madrid, población de *first class ladies*, y donde las mesitas para el te, de británica pulcritud, invitan á la conversación confidencial, al íntimo cuchicheo.

¡Ah! Si queréis contrastes, pasad en Biarritz horas como las que yo pasé en compañía de mi buena amiga la condesa de Pinohermoso, dama de tanto entendimiento como alcurnia (y no es poco decir). Saboreemos los goces de la civilización, los mil encantos ino-

centes de un *confort* que á fuerza de delicadeza casi no parece material; pero al fin, recreos son, y complacencias refinadas, el paseo en coche por sitios amenísimos, la escogida mesa, el trato amistoso y cordial, el curioso de las tiendas ricas y el delicioso refresco en horas de horrible calor, — y extraño fué el contraste entre este Biarritz y la nota melancólica, severa, casi sobrehumana, del *Refuge*.

¿Qué es el *Refuge*? — preguntaría. — Cuando el coche avanzaba á paso lento por el camino que conduce á Bayona, entre bosques de pinos marítimos — el árbol gemidor de mi tierra gallega, — hubo de sorprenderme una aparición singular. Era una moza, con una vaca que traía sin duda del pasto; pero lo extraordinario consistía en que la zagala vestía hábitos y tocas monjiles, y encima de ellas la resguardaba del sol amplio capacho de paja, el *paillosson* de las aldeanas bearnesas. — ¿Monja ó pastora? — pregunté. — Las dos cosas — me respondieron. — Estas son las obreras laboriosas que trabajan para las abejas reinas; la labor de estas vaqueras de rosario en cinto sostiene á sus hermanas contemplativas, las Cartujas. — ¡Cartujas en Biarritz! — Cartujas, sí, á dos pasos de Biarritz; Cartujas con su eterno silencio, sus rigurosas maceraciones y sus hábitos blancos. Ya las veremos.

Y vimos, en efecto, las dos órdenes que constituyen el *Refuge*. Las primeras (creo que llevan el nombre de Siervas de María) hacen todo lo que pueden para ganar el sustento. Cultivan, venden y alquilan plantas de salón; ejecutan equipos de novia; planchan, bordan, cosen; pueblan de pinos los bosques, llevan el ganado al pasto, labran la tierra, recogen arrepentidas y enseñan á leer y escribir á los niños. Habitan un modesto convento con hermosa iglesia y alegre jardín; salen y entran con libertad, tienen el color sano y jovial el rostro, y sonríen cuando se las mira, como para decir que su yugo es ligero, que viven dichosas. Las segundas se han retirado á un lugar más solitario, donde los pinos espesan su sombra y comunican al paisaje solemne tristeza. No quieren ser turbadas en su contemplación del *más allá* y en sus diálogos con lo infinito. Al entrar en el jardín de las Cartujas — jardín que en vez de bancos y estatuas ostenta tumbas que resaltan sobre el césped y que adorna una cruz formada de guijarros, — todos hablamos en voz baja, como si entrásemos en un templo. Las primitivas celdas



EL CONTRALMIRANTE D. MANUEL DELGADO PAREJO, fallecido en el naufragio del crucero *Sánchez Barcáiztegui*, que ocurrió en la madrugada del 19 de septiembre último á la salida del puerto de la Habana.

inverosímil, algo entre cañamones y lentejas, en cantidades que no se miden ni por el apetito ni aun por la necesidad estricta, sino por lo que se puede llamar voto de hambre perenne. Y pálidas, con los ojos bajos, el blanco hábito lleno de polvo, se deslizan las penitentes como fantasmas, procurando que no las veamos y buscando la soledad de algún bosquecillo, el amparo de alguna cabañita de esas que la humedad y las tisis determinadas por ella les ha obligado ya á abandonar, sustituyéndolas por otra morada que apenas se diferencia de la antigua.

Esto sucede á dos ó tres kilómetros de Biarritz. Las noches de fiesta en el Casino, tal vez, si el aire sopla de este lado, pueden las solitarias oír algún acorde de la música, si no lo cubre el rumor de las olas. Ved que con razón hablaba de contrastes. Biarritz es lo que se llama *une ville de plaisir*: ¿quién sospecharía tan cerca á las cartujas, á la última palabra de la mortificación, del desprendimiento de todo lo humano, de la negación de todas las vanidades?

No quiero que se me olvide decir que en el *Refuge* conservan una *Madre de dolor*, ó para hablar en castellano, una *Dolorosa* española, regalo de nuestra renombrada Sor Patrocinio, que pasó allí algún tiempo durante su emigración, á consecuencia de la revolución de Septiembre. Los franceses no saben imprimir carácter tan dramático á las efigies, y todos los santos del *Refuge* parecen de cartón al lado de aquella descolorida y romántica Virgen, de lacerado pecho y fúnebres vestiduras negras.

EMILIA PARDO BAZÁN

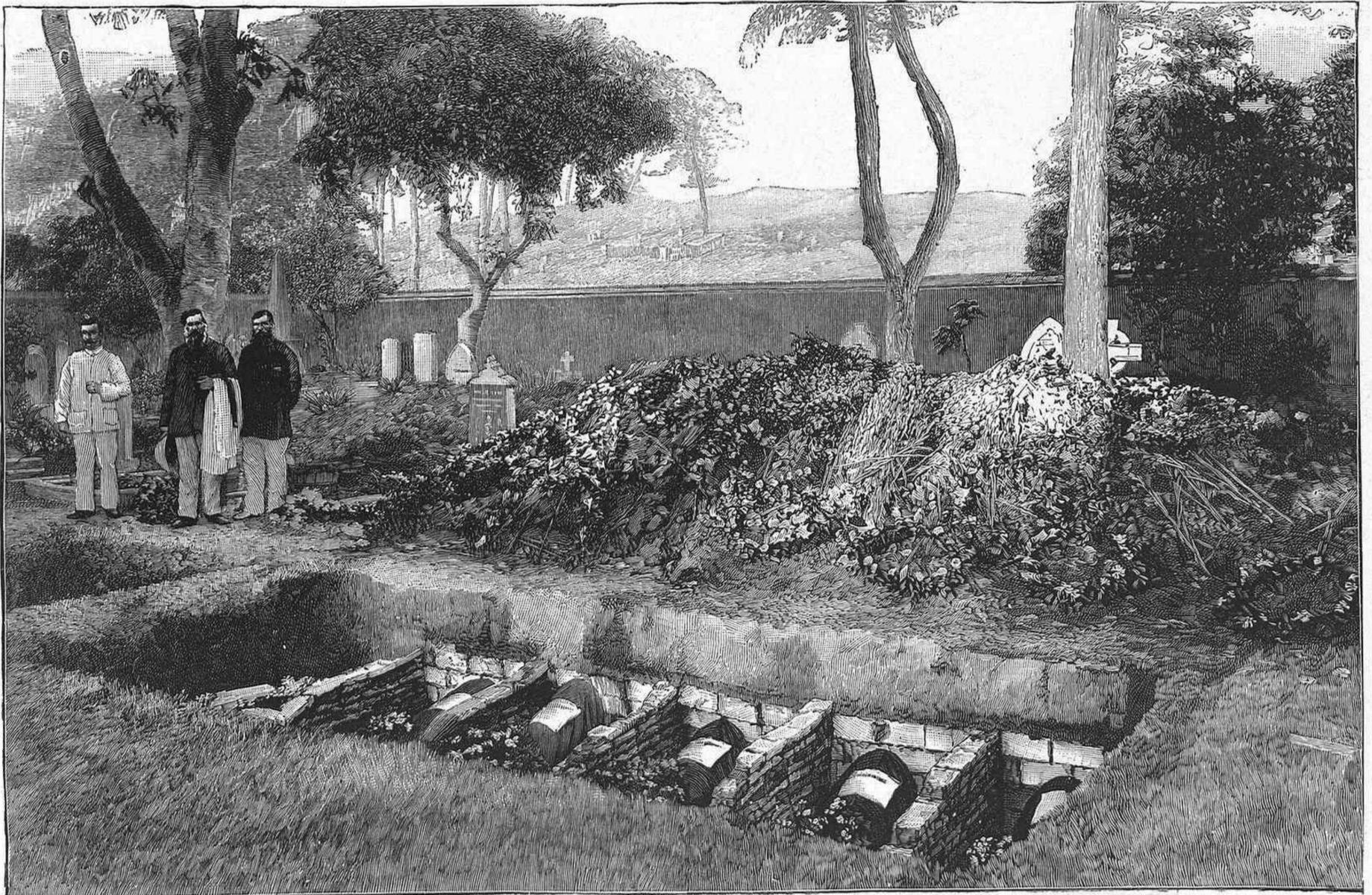
NUESTROS GRABADOS

El contraalmirante D. Manuel Delgado Parejo. — La prensa diaria ha explicado con todos sus detalles la catástrofe del crucero *Sánchez Barcáiztegui* ocurrida en la madrugada del 19 de septiembre último á la salida del puerto de la Habana, por lo que nos abstendremos de reproducir los pormenores de aquel desgraciado suceso, en el que hallaron su muerte tantos bravos marinos, entre ellos el contraalmirante Sr. Delgado Parejo, cuyo retrato publicamos.

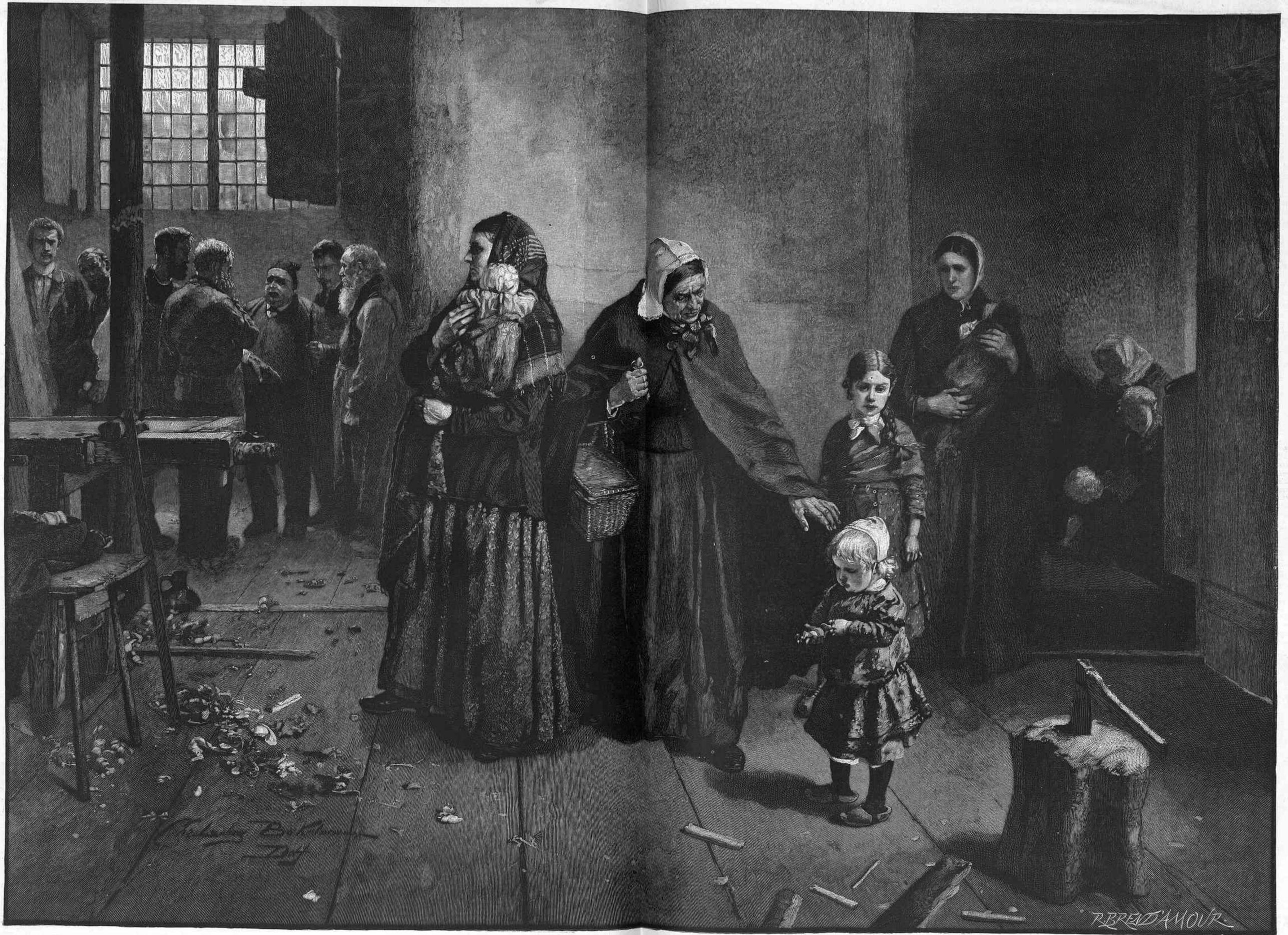
D. Manuel Delgado Parejo nació en 27 de julio de 1828, en Puente Genil, ingresando en el servicio de la armada como guardia marina en 29 de enero de 1844. Navegó en la fragata *Reina María Cristina*, en el navío *Soberano*, en los vapores *Congreso*, *Bazán* y otros hasta su ascenso al empleo de alférez

son cabañas cubiertas de paja, con suelo de arena, sin más muebles que la dura tarima, una silla, un jarro para el agua y una fuente ó semipalangan para el aseo. Sobre las enlucidas paredes se destaca una gran cruz de madera negra, y estas palabras en francés: ¡*Dieu seul!* ¡Dios sólo!

Todo lleva allí el mismo sello de penitencia, de austeridad y de desnudez: en el comedor no hay más adornos que unos calvarios, trabajo hecho en papel por las monjas, y que los cartujos españoles de las Batuecas ejecutaban con corcho; la vajilla es una escudilla de barro y unos cubiertos de palo, todo muy limpio; en esa escudilla la cartuja come una pitanza



LAS RECIENTES MATANZAS DE CRISTIANOS EN CHINA. — Tumbas de los misioneros asociados cerca de Foochow



UNA HUELGA, CUADRO DE LUIS BOKELMANN

de navío en 1850. En 1857 fué promovido á teniente de navío, en 1868 á capitán de fragata, en 1872 á capitán de navío de segunda, en 1882 á capitán de navío de primera y en 1891 á contraalmirante. De oficial y jefe navegó mucho: entre sus mandos citaremos el de la fragata *Gerona* en la anterior guerra de Cuba y el de mayor general de la Escuadra de Instrucción; entre los cargos que tuvo en tierra mencionaremos los de comandante de Marina de la Habana, secretario del Consejo de Gobierno de la Marina, consejero del Supremo de Guerra y Marina, vocal de la Junta Codificadora de la Armada y subsecretario del ministerio de Marina. A poco de estallar la actual insurrección, el gobierno, teniendo en cuenta los merecimientos del Sr. Delgado Parejo y recordando los grandes servicios por él prestados durante la guerra anterior, confióle el mando del apostadero de las Antillas, de capitalísima importancia en las presentes circunstancias.

El infortunado marino dió en los momentos de la catástrofe pruebas de una serenidad y valor heroicos: atento á la salvación de los demás antes que á la suya propia, cuando le exhortaban á que se embarcase en uno de los botes pronunció con gran tranquilidad estas hermosas palabras: «No apurarse. No hay prisa. Soy uno de tantos.»

Recogido su cadáver, su entierro en la Habana fué una manifestación de duelo solemne.

Adolfo de Bardeleben.—Repentinamente falleció el día 24 de septiembre último en Berlín Adolfo Bardeleben, catedrático de Cirugía en la Universidad de Federico Guillermo y en la Escuela de Sanidad Militar, director de la clínica quirúrgica del hospital de la Charité, médico general á la suite del Cuerpo de Sanidad y miembro del Consejo Supremo de Medicina de Prusia. La sola enunciación de estos cargos que al morir desempeñaba, demuestra cuán preeminente era en la esfera de las ciencias médicas la posición de ese cirujano ilustre, conocido y admirado por todos los médicos del mundo.

Adolfo Bardeleben nació en 1819 en Francfort del Oder: á los 18 años comenzó sus estudios universitarios en Berlín y en Heidelberg, recibiendo las sabias lecciones, entre otros, del famoso ginecólogo Naegele y del no menos célebre fisiólogo Bischoff: en 1843 fué nombrado *privatdocent* de anatomía y fisiología en la Universidad de Giessen; mas no satisfaciéndole lo que podemos llamar medicina teórica, dedicóse á la cirugía bajo la dirección de Wernher, y tales fueron los méritos contraídos por él en esta especialidad que en 1848 se le confió una cátedra extraordinaria. En el mismo año fué nombrado Bardeleben catedrático numerario y director de la clínica quirúrgica de Greifswald. Los triunfos obtenidos en sus operaciones sirvieronle de estímulo para reformar la enseñanza clínica universitaria. En 1868 pasó á la Universidad de Berlín, en donde se encargó, además, de la clínica quirúrgica del hospital de la Charité, especie de escuela práctica para los médicos militares, á cuya enseñanza consagróse con predilección desde entonces. Su puesto en la Charité hizo que Bardeleben ejerciera gran influencia en el desenvolvimiento del sistema médico militar de Prusia, habiendo sido consejero permanente de la sección de Sanidad del ministerio de la Guerra prusiano y habiendo tomado parte como médico general consultivo en campaña en las guerras de 1866 y en la franco-alemana.

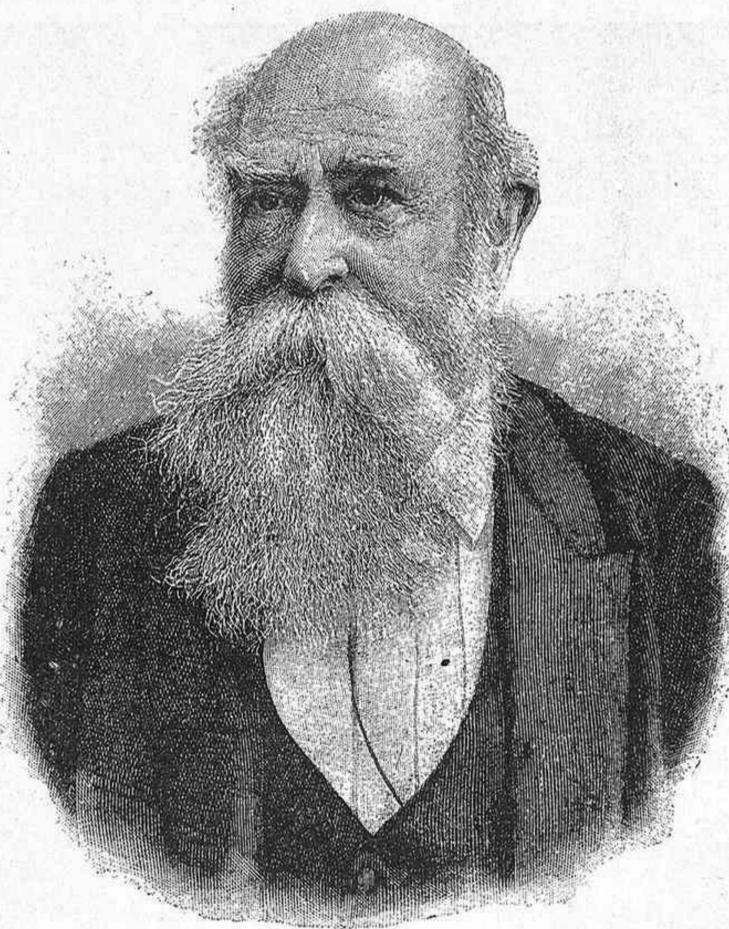
Bardeleben escribió un notable *Tratado de Cirugía* y fué quien introdujo en Alemania el tratamiento antiséptico de Lister para la curación de las heridas. Con ocasión de su jubileo de doctor, es decir, del quincuagésimo aniversario de su investidura, recibió en 1891 un título nobiliario.

Luis Pasteur.—En el número 709 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente del ilustre químico y microbiólogo francés cuya muerte llora la humanidad entera, que con él ha perdido á uno de sus más grandes bienhechores. No hemos, pues, de encarecer nuevamente sus méritos ni de ensalzar otra vez su gigantesca obra: por esto al reproducir hoy el retrato de Pasteur nos limitamos á copiar un párrafo de un precioso artículo necrológico publicado por el doctor Pulido en



LUIS PASTEUR, fallecido en 28 de septiembre último

El Liberal, de Madrid, en el cual se sintetizan de una manera gráfica y elocuente el poder y la valía de la doctrina fundada por aquel sabio cuyo nombre llenará una de las más gloriosas páginas de los anales de la ciencia. «No recuerda la historia—dijo el doctor Pulido—ejemplo de otra doctrina que, siendo tan fecunda en resultados, se haya difundido tan pronto y con tanto imperio haya ido absorbiendo todas las instituciones fundamentales de la medicina. A manera de lo que sucede en esos



EL EMINENTE CIRUJANO ALEMÁN ADOLFO DE BARDELEBEN fallecido en 24 de septiembre último

poemas sinfónicos, cuando, durante el desarrollo de la composición deja oír con tímida voz cualquier instrumento un precioso motivo musical, y éste, por la magia de su dulce canto, parece que va fascinando á los demás instrumentos y metiéndoles en la tema suya hasta que, dueño absoluto de la masa orquestal la esclaviza y arrastra á un concertante magnífico de estruendosas sonoridades, producidas por el canto supremo de todas las voces, como arrebatadas de un sublime frenesí, así también la física, la química, la anatomía, la fisiología, la patología en todas sus ramificaciones, la terapéutica y la higiene acudieron á la mágica evocación de esta panspermia y crearon juntas un nuevo aspecto, un mundo maravilloso en el grandioso poema de la ciencia.»

Las recientes matanzas de cristianos en China. Tumbas de los misioneros asesinados cerca de Foochow. — En el número 714 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos detalladamente de los graves desórdenes ocurridos en el Celeste Imperio que dieron por resultado el asesinato del misionero Stewart, de su esposa y de sus hijos y de otros individuos de la misión hasta el número de doce: en el presente número reproducimos las tumbas de algunas de las víctimas cuyos cadáveres pudieron ser recogidos por sus compatriotas.

Una huelga, cuadro de Luis Bokelmann.—El distinguido pintor de costumbres alemán nos presenta la escena de una huelga de una manera completamente distinta de lo que solemos ver en cuadros de índole análoga. No se trata de obreros amotinados, sino de trabajadores que en el mismo taller discuten con el patrono para mejorar su situación y obtener concesiones que pongan término al conflicto. Pero no es esta la única nota original de la obra que nos ocupa, y para convenirse de ello bastará observar que el interés principal del lienzo no está en el grupo de los huelguistas que se distinguen en el fondo, sino en las esposas é hijos de aquéllos, que situados en primer término esperan ansiosamente el resultado de las negociaciones. Estas figuras son las que atraen preferentemente la atención del espectador, el cual adivina por la expresión de sus rostros y por sus actitudes la trascendencia del problema planteado, que el artista ha expuesto con sobriedad admirable, huyendo de efectismos y hablando directamente al corazón.

El conde Casimiro Badeni.—El actual presidente del Consejo de Ministros austriaco es oriundo de Galicia, en donde nació en 14 de octubre de 1846, é hijo de una familia de origen italiano. Después de haber terminado sus estudios jurídicos y administrativos, entró al servicio del Estado, que abandonó en 1870 para dedicarse á la administración de sus cuantiosos bienes. En 1888 fué nombrado gobernador de Galicia, conquistándose en este puesto la confianza del emperador por su habilidad en atraerse á los polacos austriacos, uno de los más importantes factores de la política interior de la Eisleitania, y en atender á la vez á los intereses polacos y á los de Austria. A la caída del conde Taaffe ya debió haberse encargado de la formación de ministerio; mas como la provisión del gobierno de Galicia ofrecía grandes dificultades, no quiso abandonar aquel puesto; pero ahora, desaparecido el ministerio de negocios que sustituyó al de coalición, hase hecho poco menos que imprescindible su presencia al frente del gobierno. El ministerio por él formado no es parlamentario, porque en el Parlamento austriaco no hay actualmente una mayoría bastante fuerte para imponer sus candidatos, así es que el nuevo Gabinete es obra exclusiva del conde Badeni, el cual invoca la ayuda de todos los partidos sin pactar compromisos ni transacciones con ninguno de ellos, y se propone reformar en sentido amplio la ley electoral y el sistema tributario. Para realizar su programa cuenta el conde Badeni, además de la completa confianza de la corona, con el apoyo de los polacos y de los conservadores templados, así como con el voto de las izquierdas en todas aquellas cuestiones que no perjudiquen los intereses cuya defensa constituye la condición esencial de su existencia.

MISCELANEA

Bellas artes.—PARÍS.—En la galería del conocido coleccionista japonés Bing se ha inaugurado en 1.º de octubre con el nombre de *El arte nuevo* una exposición especial, en la cual figuran cuadros, estatuas, dibujos, grabados, trabajos artístico-industriales y decorativos de toda clase que no llevan en sí el sello individual de una manifestación artística personal.

HALLE.—En el castillo de Sodersleben ha sido encontrado recientemente y en buen estado de conservación un cuadro del famoso pintor alemán Miguel Wolgemuth, que floreció á fines del siglo xv y principios del xvi en Nuremberga, en donde estableció su famoso taller, que tanta influencia ejerció en la pintura alemana. El cuadro recientemente descubierto, de asunto religioso como la mayoría de los pintados por su autor, representa á Jesús crucificado y rodeado de las Santas Mujeres, de sacerdotes y guerreros.

KASSEL.—El pintor Knackfuss, de Kassel, ha ejecutado por encargo del emperador de Alemania un dibujo con varias figuras alegóricas, una excitación á todos los pueblos de Europa para que se defiendan contra los peligros que amenazan á la civilización moderna. Este dibujo será reproducido por medio del fotograbado y repartido profusamente para su venta en todas las tiendas de objetos de arte, librerías, y demás establecimientos análogos, para que tenga la mayor circulación posible.

COLONIA.—En el salón Schulte se hallan expuestas actualmente las obras del famoso pintor alemán Piglheim, que á raíz de la muerte de este artista se expusieron en la Galería nacional de Berlín.

AMSTERDAM.—Recientemente se ha inaugurado en Amsterdam el Museo Suasso, perteneciente á la ciudad. El nombre de este museo es el de su fundadora, que legó todos sus bienes y sus colecciones al municipio de Amsterdam. El edificio construido es magnífico, y en su piso superior hay diez y siete salas destinadas á la exposición que allí se celebra cada tres años. Además del donativo de la señora Suasso, el Museo ha recibido otras de gran importancia.

Teatros.—En el teatro Nuevo de Leipzig se ha cantado con mucho aplauso una ópera de Jenó Hubay, titulada *El violinista de Cremona*, cuyo libreto está tomado de la bellísima y conocida comedia del mismo nombre, original del ilustre poeta francés Francisco Coppée.

—El editor musical y empresario milanés Sonzogno ha comenzado en el teatro Unter den Linden de Berlín las representaciones de su Teatro Lírico Internacional: la obra inaugural fué la ópera naturalista en tres actos de Spiro Samaro, *La mártir*, que tuvo escaso éxito.

—La temporada de ópera en Covent Garden de Londres comenzará el día 12 de este mes, y durante la misma se cantarán las siguientes óperas de Wagner: *El holandés volante*, *Tannhauser*, *Lohengrin*, *Las Walkirias* y *Tristán é Isolda*.



EL CONDE CASIMIRO BADENI, nuevo presidente del Consejo de Ministros de Austria

París.—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Les Tenailles*, drama en tres actos y en prosa del celebrado novelista Pablo Hervieu, obra profundamente pensada y admirablemente escrita, en que se estudia un problema trascendental relacionado con el matrimonio; y en el Odeón *La Vie*, comedia en tres actos y en prosa de A. Thalasso, y *Les trois saisons*, comedia en tres actos y en verso de Enrique Bernard.

Madrid.—En el teatro de la Comedia ha inaugurado la temporada la notable compañía á cuyo frente figuran Emilio Mario y María Tubau y de la que forman parte actores tan aplaudidos como Thuiller, Balaguer, Amato y Manso. En la Zarzuela han comenzado las representaciones de zarzuela del llamado género chico por la compañía que dirige Ramón Rosell y Julián Romea.

Barcelona.—En el teatro Principal ha dado una segunda serie de conciertos la célebre Capilla nacional rusa que dirige el maestro Slavianski d' Agreneff, con mayor éxito, si cabe, que el que obtuvo en el Lírico últimamente. En el teatro de Novedades ha empezado sus representaciones la compañía dirigida por el Sr. Tutau y de la que forma parte, entre otros valiosos elementos, la señora Mena, habiendo puesto en escena con gran aplauso el drama de Echegaray *Manchú que limpia*. En el teatro Romea se ha estrenado con buen éxito una bonita comedia en tres actos, *Bojeras de la sort*, hábilmente arreglada á la escena catalana por D. Ernesto Soler de las Casas. En el Tívoli continúan los mismos éxitos de la ópera de Bretón *La Dolores*.



ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

I

— ¿De modo que persistes en tu empeño de que parta solo?, preguntó el padre, mirando á su mujer con descontento.

La niña que tenía entre sus rodillas, le miró sonriéndole amorosamente; las manos de su padre se perdieron entre la mata de su pelo castaño y suavísimo, y volvió la mirada hacia la joven entristecida, que, lentamente y con expresión de abatimiento, ocupábase en colocar en una maleta la ropa de su marido.

— Dime, María, ¿estás decidida á quedarte en París y venir mañana á encontrarme, ó prefieres hacer sola, con la niña, el viaje al Havre?

La esposa se levantó pensosamente y miró á su marido con semblante descorazonado.

— No puedo más, Monfort, dijo con voz oprimida. Desde que hemos abandonado nuestra querida y vieja casa no he tenido siquiera tiempo para sentarme. Pasar una noche más en el ferrocarril me asusta. Deja, pues, que descanse aquí y mañana saldremos juntos.

— ¿Y es eso posible, por ventura?, exclamó el marido recorriendo á grandes pasos el cuarto de la fonda que ocupaban. No es tan fácil como te parece marchar á América sin conocer el buque en que se va á partir y el camarote que á uno le han destinado.

— Pero ya tenemos señalados los camarotes, dijo María cerrando la maleta.

— Sí, ¿pero sabemos siquiera si son buenos? Y luego, recuerda que es preciso que compre una porción de objetos que aquí me sería difícil encontrar, pues son á cual más diversos... Allí están acostumbrados á equipar á los emigrantes.

Después de pronunciar estas palabras, calló de repente porque sintió entre sus manos la cabeza de la niña. Esta, que conocía ya que no era prudente hablar cuando sus padres discutían y que debía dejar pasar la tempestad, para calmarlos hacía de vez en cuando una caricia al que veía más exaltado, que en aquel momento era su padre. Este se inclinó hacia ella y la besó maquinalmente.

— Dime la verdad, María, continuó con vehemencia; confiesa que estás cansada de mí y de la vida que llevas y de todo...

— Sí, cansada de veras; pero no de ti, Simón. Nos queríamos mucho cuando nos casamos y te quiero mucho, á pesar...

El marido la interrumpió con un gesto colérico.

— ¡A pesar de mis faltas, de mis locuras; á pesar de mi incuria, que ha hecho que derrochara el dinero de tu dote, las economías de mi padre y la herencia del tuyo, todo, en una palabra! Ya sé tu resignación y tengo también presentes tus reproches...

María apartó de él la vista con semblante apenado. Simón, con un esfuerzo, detuvo bruscamente el torrente de palabras amargas que iba á soltar, y continuó pausadamente:

— He sido desgraciado; he puesto mi confianza en miserables, me he dejado engañar por pilletes, convengo en ello... Pero ya que esto ha sucedido, María, ya que vamos á América, donde dicen que los hombres inteligentes rehacen su fortuna, ya que todo lo hemos vendido y nada nos queda, desecha esa tristeza que hace de ti algo como la estatua del remordimiento. Yo también tengo necesidad de valor, te lo juro. Y he de tenerlo por dos, puesto que tú no tienes.

Viendo ella que se había sentado en una silla con gesto descorazonado, se acercó á él y le puso las manos sobre los hombros.

— Sí, te quiero, Simón, dijo; sé que eres valiente y honrado; pero cuando han vendido allí en pública subasta nuestros muebles, me ha parecido que algo se rompía aquí...

Y apoyó la mano sobre su corazón lacerado. Su marido la miró con más atención.

— Estoy cansada, cansada del todo, continuó, reprimiendo con trabajo el torrente de lágrimas que asomaba á sus ojos. En ciertos momentos me parece que el corazón se para y que me ahogo... Un poco de reposo por piedad..., una sola noche en la cama y mañana por la mañana me embarco en el primer tren y ya estoy contigo... Te lo suplico.

Simón vaciló.

— No me gusta dejarte aquí, en ese París inmenso que no conocemos, sola con la niña.

— ¿Qué quieres que me suceda?, dijo ella.

Simón se calló no sabiendo qué contestar.

— ¡Ah!, repuso á los pocos momentos; si no tuviera necesidad de ver mañana por la mañana á ese hombre que me ha prometido un empleo, me quedaría aquí con vosotras... Pero sólo se le puede ver antes de las once, y pasado mañana á las once estaremos lejos ya, pues el buque sale á las tres de la madrugada.

Vaciló un momento y dijo al cabo:

— ¡Vaya, me voy! ¿Tienes dinero?

— Cincuenta francos, contestó María.

— Son bastantes. No hemos gastado nada aquí; los pobres vivimos con poco.

Ató con una cuerda la maleta y la echó sobre el hombro con un movimiento triste é irritado á la vez.

S. Azpiazu

— ¿Venís á la estación?, dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

Su esposa le siguió dando la mano á la niña. Caminaban lentamente por entre la muchedumbre bulliciosa y atareada formada por los que en aquella hora salen de los talleres.

Daban las seis en la estación de San Lázaro cuando llegaron al vestíbulo.

— Aprisa, dijo Monfort, porque va á salir el tren. Guárdame la maleta mientras tomo el billete.

La mujer y la niña quedaron de pie junto á aquel equipaje raquítico: con el corazón oprimido, con la mirada asustada, contemplaban aquel vaivén que precede á la salida de los trenes; el ruido las ensordecía, la muchedumbre las codeaba; sentíanse confusas y asustadas. Monfort volvió al poco rato.

— Esperadme aquí, dijo.

Se alejó corriendo, con la maleta al hombro, y al volver, dijo sofocado:

— Ya era tiempo; por poco me quedo. ¡Adiós! ¡Hasta mañana! Os esperaré en la estación á las dos.

María le besó con una ternura que le dejó sorprendido; desde hacía mucho tiempo que no había visto tanta aflicción en los ojos de aquella mujer desolada.

— Siento no haber partido, dijo María precipitadamente. ¿Hay tiempo todavía?

— ¡No, pardiez!, exclamó Monfort. ¿Olvidas que tenemos el equipaje en la fonda? Bien hubieras podido decidirte más pronto.

Levantó á la niña y la besó apasionadamente. Abrazó otra vez á su mujer y se lanzó corriendo hacia la escalera que conduce á la sala de espera.

Apenas había pasado un minuto cuando sonó un silbido estridente. María estrechó en la suya la manecita de su hija y se alejó con tristeza.

— Se me figuraba que no llegaría á tiempo al tren, dijo á media voz.

— ¡Tengo hambre, mamá!, exclamó la niña.

La joven entró en una taberna y se hizo servir una frugal comida. Bien pronto la molestó la pesada atmósfera que había en la trastienda, y salió poniéndose otra vez en marcha á través de las calles, en tanto que la niña roía la última corteza de pan.

II

A medida que avanzaban, las calles estaban menos concurridas y el crepúsculo gris de una tarde de otoño empezaba á obscurecerla. Siguiendo siempre la dirección de la modesta fonda en que se habían apeado, María advirtió una plaza y en ella un jardín rodeado de una verja y cuajado de flores. Una banda de alegres niños jugueteaban en su recinto lanzando exclamaciones de contento, y sobre sus cabezas revoloteaban las golondrinas ensordeciendo el aire con sus chillidos. Obedeciendo á la presión de la manecita que estrechaba la suya, María entró en el jardín. Era el *square* Montholon.

— ¡Oh, mamá, qué flores tan hermosas!, dijo la chiquilla.

En el jardín había un banco desocupado junto á un grupo de arbustos que le servían de dosel. María se sentó y dijo á la niña:

— Juega si quieres, hija mía.

La pequeñuela saltó del banco y empezó á revolver la arena con las manos, formando montoncitos. Se conocía que no era muy diestra en el oficio, porque miraba con curiosidad á dos niñas que, algo más lejos, se dedicaban á la misma operación y que en un momento hacían y deshacían los montones.

— ¿Quieres jugar con nosotras?, dijo la mayor, dirigiéndose á ella, con esa decisión que caracteriza á los niños de las ciudades.

La niña no pedía otra cosa. Volvió instintivamente la mirada hacia su madre para pedirle permiso; pero viendo que miraba hacia otro lado, se alejó algunos pasos con sus nuevas compañeras.

El ruido de los carruajes disminuía, los ómnibus sólo pasaban de tarde en tarde y el empleado de los tranvías no cantaba con su voz enronquecida los números de quienes tocaba el turno de salida.

París comía, y en tanto el tren ómnibus alejaba sin mucha prisa, pero continuamente, á Simón Monfort de la aldea natal y de su familia, representada únicamente por aquella mujer y aquella niña.

María pensaba en su esposo y su imaginación recorrió el largo curso de los días pasados. Sus manos cayeron inertes á lo largo de su falda oscura y triste como aquel ser que abrigaba, y en tanto que su cabeza se inclinaba suavemente sobre su pecho, saboreó después de tantas fatigas y angustias el placer del descanso, siquiera momentáneo.

Hay seres para quienes parece que la naturaleza haya sido madrastra. Niños, no han sentido sobre su rostro las caricias; adolescentes, la vida no tuvo para

ellos sonrisas; jóvenes, no conocieron el bullicio y la alegría.

María había quedado huérfana muy joven, pero no lo bastante para que la conmiseración de sus deudos y vecinos la protegiera. Había vivido siempre con su padre, hombre testarudo y silencioso, á quien ni alegraba el ruido de los juegos ni gustaba de ver lágrimas. Cuando joven no tuvo amigos, pues las que lo hubiesen sido las alejaba de ella el carácter reconcentrado de su padre.

Simón Monfort pidió un día su mano. ¿Por qué? Ni ella lo sabía, ni quizá tampoco él. Quizá porque con su carácter austero no le asustaba el del futuro suegro y recíprocamente.

Entonces fué únicamente cuando María comprendió por un momento las dichas que guarda la existencia; mas bien pronto los deberes del matrimonio volvieron á lanzarla en el seno de su eterna tristeza. Monfort, desconfiado por carácter, era confiado por su fuerza de voluntad, y lo que debió servirle para evitar el riesgo le echó de lleno en el peligro. Empezó especulaciones desgraciadas en las cuales perdía el dinero en tanto que sus amigos se enriquecían, y arrastrado por el ansia del desquite acometió otras no más dichosas, y al cabo llegó un día en que su ruina fué completa.

Era un hombre resuelto; su educación, muy extensa, pero poco cuidada y mal dirigida — como que desde los diez y ocho años fué dueño de su fortuna, — le daba aptitud para cualquier empresa, si la voluntad no le faltaba. Se decidió á marchar á América, seguro de que hallaría allí un empleo, no sabía cuál, á sus facultades hasta entonces inactivas.

Anunció su resolución á su esposa, para la cual fué aquella la más penosa de todas sus pruebas. Su padre había muerto á poco de su matrimonio, y nada parecía que debiera ligarla al suelo de la patria; pero precisamente esa falta misma de todo lazo y de toda afección le hacía más caro el lugar donde naciera y sentía honda tristeza al abandonarlo. Hizo alguna objeción, que fué refutada, y se resignó al cabo, no pudiendo pasar por otro camino.

Una niña había nacido de este matrimonio desgraciado, una hermosa chiquilla que tenía entonces tres años y medio y que era la luz y la alegría de la casa paterna. ¿A qué causa se debía que aquellos dos seres tristes y silenciosos hubiesen engendrado aquella gentil muchacha, cuya perlada risa despertaba los ecos alegres de la casa, que repercutían sus carcajadas, tal y como repiten siempre con amor los cantos de los pájaros? Misterios de la vida.

María arregló para Marcelita un abrigo de viaje con un capuchón y se dispuso á partir.

Habían llegado á París por la mañana después de una larga jornada y de una noche entera pasadas en el ferrocarril. Al saltar del vagón el aire frío de la madrugada azotó el rostro de la joven, que durante todo el día no se pudo reponer de aquel escalofrío doloroso.

Cuando pidió á su marido una noche de reposo, es que, por encima de todas las impresiones, de todos los deberes que sentía pesar sobre ella, comprendía la necesidad de un sueño reparador. Sentada en aquel *square*, donde se perdía poco á poco el ruido de las calles en las obscuridades de la noche, sentía un bienestar indecible. Un entumecimiento que ganaba poco á poco su cuerpo le impedía todo movimiento.

Dos distintas veces pensó que era ya tarde y que era preciso volver á la fonda, pues el tren salía muy temprano al día siguiente; pero tanto le placía aquel reposo, que se quedó un momento más. La voz de Marcela llegaba de cuando en cuando á sus oídos con el ruido argentino de su charla alegre, en tanto que la visión de lo pasado volvía á aparecer ante su mente.

No dudó de que su marido la amaba, y de que si bien tenía un carácter taciturno era debido en parte á que ella también era poco comunicativa. Y en prueba de ello recordaba que muchos de sus pesares habían llegado por esa mala costumbre de reservar sus pensamientos. Corrigiéndose de ese defecto buscaría en él un confidente y hallaría alguien que la consolara.

Más de una vez su marido le había dicho: «Estás cansada de mí.»

No era verdad, sin embargo, pues jamás había pensado en separarse de él. Por lo contrario, considerándolo bien, cada vez que había pensado en una separación le aparecía esta idea como una de las mayores desdichas.

Comprendió entonces que para que aquel hombre taciturno, pero justo y bueno en el fondo, la hubiese creído cansada de él, debía haber cometido alguna falta, alguna imprudencia sin saberlo. Era joven aún; á veintiséis años queda todavía una larga carrera que recorrer; podía aún reparar sus faltas.

Recordando que su marido en aquel momento caminaba hacia el Havre, triste y solo porque ella se había negado á seguirle, sintió su alma presa de un sentimiento de ternura y piedad hacia él. Le pesó entonces su negativa y pensó que el cuarto de la fonda le iba á parecer desolado y triste. Extrañóse de que antes no hubiera pensado en ello. Quizá quedaba todavía tren que partiera para el Havre aquella noche. Tal vez fuera posible salir en seguida. Aquellos momentos de reposo habían devuelto á su cuerpo la elasticidad y ligereza de la juventud; tenía deseos de levantarse y correr..

Una luz vivísima hirió sus ojos. Era que habían encendido un reverbero enfrente de ella. Parpadeó dos ó tres veces y quiso levantarse, pero sus piernas continuaban entumecidas. Quería mover el tronco y sentía deseos de hender el aire con sus brazos como si fueran alas; pero sentíase retenida por extraña fuerza al inflexible suelo.

— ¡Pobre Simón!, pensó. Pero al fin y al cabo no queda mucho tiempo de aquí á las dos de la madrugada. Suponiendo que hubiese podido marchar ahora, tampoco sabría dónde encontrarle. Siento, sin embargo, que debí haberle besado con más cariño, pues me parece que no le he dado un adiós bastante tierno... ¿Quién sería el que me dijo cuando pequeña que al separarse era preciso siempre despedirse como cuando se da un adiós eterno? No lo sé..., pero el caso es que quisiera estar con él... Marcela...

Esta jugueteaba en el jardín con sus nuevas amigas, que se habían juntado con otras muchas niñas.

El grupo infantil se deshacía y se rehacía lanzando alegres gritos, hasta que sin aliento ya, se paró en el centro para charlar un rato. Al contrario de los hombres, los niños juegan primeramente y tratan luego de conocerse.

— ¿Dónde vives?, preguntó á Marcela Luisa, que era la más talluda y mandaba entre ellas, gracias á la autoridad que le daban sus once años y á lo alta que era.

— Allí abajo, contestó la niña, al final del ferrocarril.

Todas las chiquillas se echaron á reír.

— Esto no es contestación, dijo una.

— Déjala, tonta, no ves que es pequeña y que no sabe lo que se dice, interrumpió la mayor. En París, ¿verdad, pequeña?

— En París, no, contestó Marcela. Allí abajo.

Y extendió su mano al azar.

— ¿En qué se ocupa tu papá?, preguntó una niña.

— En nada.

— ¿Y tu mamá?

— En nada.

— Serán rentistas, dijo Luisa, moviendo la cabeza con aire de inteligencia. ¿Son comerciantes? Porque nosotros lo somos, hija.

— ¿Dónde?, preguntó Marcela que no comprendía.

Luisa indicó con la mano una tiendecilla de herbolario que se veía en la fila de casas que rodeaban el *square*.

— Ahí, dijo. Vamos á retirarnos pronto. ¿Dónde está tu madre?

— Allí, durmiendo en aquel banco, contestó por Marcela otra pequeñita.

— ¿Volverás mañana?, preguntó Luisa.

— No lo sé.

— Vaya, ¿no ves que es demasiado pequeña para jugar con nosotras? Déjala, exclamó una de las mayores.

— Es preciso querer á los pequeños, dijo Luisa con tono grave. Es muy mona y bien educada, y además debe aburrirse. ¿Cómo te llamas?

— Marcela.

— ¿Marcela qué?

La pequeñuela quedó perpleja. El nombre de su padre no había dejado rastro en su memoria. Viviendo en provincia, su madre no había tenido el cuidado que tienen los parisienses de hacer aprender á sus hijos su nombre y domicilio, pues en provincia cuando los niños se pierden, como todo el mundo les conoce, pronto se encuentran, sin necesidad de que sepan su nombre.

— No sé, dijo Marcela al cabo, después de pensar un rato.

— Es preciso que digas á tu madre que te lo enseñe, observó Luisa, pues si te perdieras no sería posible encontrarte.

En eso se acercaba el guarda del paseo blandiendo su nudoso bastón.

— ¿Qué estáis haciendo ahí, muchachas? Largaos pronto ú os encierro en el jardín.

— Aún no es hora, señor guarda, exclamaron todas á coro.

— ¡Ea, largarse!, continuó el buen hombre. Mejor estaríais en la cama que aquí.

Luisa había tomado la mano de Marcela para con-

ducirla junto á su madre. El guarda les siguió continuando su ronda.

— Señora, dijo Luisa cortésmente. He aquí á vuestra hija.

María no se movió. Con la cabeza apoyada sobre el pecho parecía dormir.

— Mamá, dijo Marcela tirándole de la falda. No contestó.

— ¡Mamá, mamá!, gritó la pequeña.

Luisa retrocedió dos pasos y miró á la joven con una atención mezclada de terror.

— Duerme, dijo al guarda que se acercaba.

— Pues no es bueno dormir así al fresco. ¡Señora!

María continuaba inmóvil. Marcela subió sobre sus rodillas y se echó atrás, lanzando un grito agudo. Con el esfuerzo de sus manecitas el cuerpo de su madre cedía, amenazando caer sobre ella. El guarda la sostuvo y la volvió á la posición que tenía anteriormente.

— ¡Está muerta!, gritó Luisa.

— ¡Quieres callarte!, refunfuñó el guarda. Quédate ahí y no dejes salir á la niña.

Y se dirigió á grandes pasos hacia la calle de Lafayette, volviendo al cabo de poco rato acompañado de dos polizontes. La multitud, prevenida por aquel vago rumor que anuncia las catástrofes, se agolpaba alrededor de las niñas. Un médico se acercó y puso la mano en las sienes ya heladas de María.

— Está muerta, dijo.

III

Sordo murmullo recorrió la multitud como conmovida por una corriente eléctrica. Cuando la muerte se cierce sobre nosotros, tan cerca que nos toca con su sudario, aun cuando aquel á quien hiere nos sea indiferente, sentimos por él piedad inmensa y se convierte para nosotros en un objeto sagrado. Cada cual se acuerda de aquellos á quienes ama, piensa en la inutilidad de la propia existencia y convierte hacia la víctima su piadosa conmiseración. María era una desconocida para todos, y todos sin embargo se sintieron conmovidos al ver cómo caían sus brazos á lo largo de su cuerpo al levantarla para ponerla en la litera de la casa de socorro.

— ¡La niña!, gritó una voz entre la multitud.

— ¡Lleaos la niña!, exclamó bruscamente el guarda del paseo.

Jamás lo hubiera pensado; pero la verdad era que la desesperación de Marcela, que lloraba amargamente porque su madre no quería contestarle, le enronquecía la voz y le hacía hablar con tono brusco á fin de que los otros no advirtieran su emoción.

— ¡Pobrecilla!, dijeron los curiosos que se apartaron para dejar paso al fúnebre cortejo.

Una mujer se adelantó y le tomó la mano.

— Yo te acompaño, dijo una voz infantil al oído de Marcela.

Esta miró á quien pertenecía la voz, y una sonrisa iluminó su rostro cuando vió el de su buena amiga tan cerca del suyo. Dando una mano á Luisa y otra á la buena mujer que se había encargado de acompañarla, se dejó arrastrar esforzando el compás de sus piernecitas para seguir las largas zancadas que daban ante ella los que llevaban el cuerpo de su madre.

Al cabo llegaron á una sala de techo bajo, donde se respiraba una atmósfera pestilente. Dos lámparas sucias ahumaban más que alumbraban la estancia. Se llevaron á Marcela hacia un balcón, en tanto que registraban los bolsillos de la difunta para ver si hallaban en ellos un documento que diera algún indicio respecto á su persona. Pero no aparecieron ni indicio ni documento.

María sólo llevaba encima una pequeña cantidad en metálico en un portamonedas. La ropa blanca estaba marcada con las letras M. P., siguiendo el uso

de algunas provincias en que las mujeres casadas continúan marcando su ropa con su nombre de solteras. Pero no se encontró un solo documento, pues Monfort los guardaba en su cartera; ni siquiera se halló la dirección de la fonda en que se albergaba.

La palabra temerosa, «la Morgue», fué pronunciada. La mujer que acompañaba á Marcela se estremeció.

— Yo, caballero, soy una planchadora que tengo taller en mi casa; soy viuda y sin hijos y ofrezco encargarme de la pequeñuela; pero si la madre de Luisa quiere tomarla, estará mejor en su casa que en la mía. La conozco; es una excelente señora.

— Id á buscarla, dijo el comisario á un agente.

La señora Favrot llegó al poco rato, extrañada de encontrar á su hija en el cuartelillo. Sabía ya la desgracia ocurrida y en dos palabras estuvo al corriente de la proposición de su hija. Conmovida por ella, se inclinó sobre Marcela, que, cansada por lo que había llorado, acababa de dormirse en los brazos de la planchadora.

— ¡Pobre angelito!, dijo. En verdad que se parece á mi Celina. ¡Vaya que tienes aplomo!, dijo volviéndose hacia Luisa. ¡Atreverse á venir aquí á reclamar á la pequeña, cosa que yo no hubiera osado jamás! Pero esos chiquillos tienen el diablo en el cuerpo.

— ¿Os decidís, sí ó no?, preguntó el comisario impacientado.

— Lo dicho, dicho, caballero; dormiré en la camita de Celina.

Después de las formalidades de costumbre, la señora Favrot se retiró, llevándose en brazos á Marcela, que continuaba dormida. Algunos hombres y sobre todo algunas mujeres entre la multitud que esperaba en la calle quisieron darle algún dinero.

— Dadlo al comisario, dijo con orgullo. Servirá para la lucha de la pequeña; pero lo que hago lo hago por mi cuenta y á mi costa.

Una hora después Marcela dormía apaciblemente en el blanco lecho de la niña muerta, y Luisa, acostada en frente de ella, se incorporaba de rato en rato para asegurarse de que estaba allí, pues le parecía aquello una dicha completa é inesperada.

— Hasta ahora todo va bien, suspiró la señora Favrot; ¿pero qué vamos á decirle mañana cuando despierte y pregunte por su madre?

IV

Al día siguiente, á las dos, Simón Monfort estaba en la estación aguardando la llegada del tren de París. Reclinado contra la barandilla de madera que cierra el recinto, contemplaba el paso de los vagones que iban acercándose con movimiento cada vez más lento y entrechocaban con estridente ruido. La locomotora se detuvo frente de Monfort. El maquinista y el fagonista saltaron al andén; los empleados comenzaron á descargar sin apresuramiento el furgón de equipajes; en todas las portezuelas de los coches aparecieron rostros fatigados por la marcha; saltaron con precaución los viajeros, y luego recogieron las maletas y paraguas y cachivaches; las madres cogieron en brazos y depositaron en el suelo á los pequeñuelos soñolientos...

Monfort miraba uno por uno á los viajeros que desfilaban ante él, y en su angustiada espera, cuando ya no quedaba ninguno, aún permanecía en el mismo sitio. Los ómnibus de las fondas no se habían marchado todavía; miró en su interior sin hallar á su mujer, y entonces, viendo que sus pesquisas resultaban infructuosas, se decidió á entrar en la estación, dirigiéndose al jefe, que iba de aquí para allá con aire de suficiencia, llevando un manojo de papeles en la mano.

— ¿Habéis visto por casualidad en el tren á una mujer joven acompañada de una niña?, le preguntó. El empleado le miró con extrañeza.

— Tantas había, caballero, que es difícil decirsi estaba la que buscáis, contestó el empleado: ¿cuáles son sus señas?

(Continuará)



¡Pobrecilla!, dijeron los curiosos que se apartaban para dejar paso al fúnebre cortejo

— ¡Pobre mujer!, murmuró.

— Preguntad á la niña, dijo una voz.

Pero Marcela no sabía nada, exceptuando su nombre. Sólo pudo decir que habían ido á la estación del ferrocarril con su madre antes de comer para acompañar á su padre que marchaba; pero nadie adivinó que aquel ferrocarril fuera el del Havre, pues la niña, en su ignorancia, dió explicaciones que hicieron creer que era el del Este.

— ¿Y qué va á ser de la niña?, preguntó una voz compasiva.

— ¿Hay alguien que quiera encargarse de ella provisionalmente?, preguntó el comisario.

A pesar de la costumbre que tenía de ver tales acontecimientos, le parecía muy cruel enviar al cuartelillo á la pequeñuela.

— Yo, caballero, dijo la mujer que la había acompañado.

Pero antes que hubiese llegado junto al comisario, un cuerpo ágil y pequeño se había destacado ante la barandilla, y una voz infantil exclamó:

— Yo, señor.

La multitud, tan pronta á la risa como al llanto, se sonrió al ver aquella aparición.

— ¿Quién, tú?, dijo el comisario inclinándose para ver de dónde partía aquella proposición.

— Yo, caballero, me llamo Luisa Favrot y vivo en la calle Baudin; mi madre es la herbolaria de la plaza Montholon.

Redoblaron las risas mezcladas con aplausos.

— ¿Es esto una broma?, interrumpió el comisario frunciendo el poblado entrecejo.

— Perdonad, señor, no es ninguna broma, replicó Luisa con tono indignado. Mi madre es muy cariñosa y quiere mucho á los niños; hace seis meses se me murió una hermanita y estoy segura de que se encargaría de buena gana de esta niña.

El auditorio no reía ya; se cruzaban miradas enternecidas.

— Y vos, ¿quién sois?, dijo el comisario dirigiéndose á la mujer que había hablado primero.

SECCION CIENTIFICA

EL HALO FOTOGRÁFICO

Todos los que á la fotografía se dedican han experimentado más ó menos veces la contrariedad de ver en un clisé, bajo los demás conceptos irreprochable



Fig. 1. - Fotografía de una escultura del interior de una iglesia

y á pesar de un enfocamiento exacto, los desastrosos efectos del halo, que se manifiesta por una debilidad de tonos resultante de la invasión de la luz en los negros, aun en las partes de la imagen en que más acentuadas son las oposiciones.

El halo es sobre todo la desesperación de los fotógrafos de interiores de monumentos, siendo muy fácil encontrar ejemplos de estos halos, producidos por las aberturas que dan paso á la luz y en general por todos los puntos intensamente iluminados. El segundo de los grabados que en esta página publicamos reproduce una fotografía en la que parece que de los grandes ventanales se escapa en todas direcciones una nube luminosa.

El halo resulta principalmente, como es sabido, de la reflexión sobre la superficie posterior del cristal de los rayos luminosos que no han sido interceptados completamente por la capa sensible, y que llegados oblicuamente en ángulos diversos, son desviados en dirección distinta y vuelven á impresionar un segundo punto de la capa sensible. La mancha, por decirlo así, producida por este fenómeno se extiende aún más, porque habiéndose difundido por su primer paso al través de la emulsión opalina, un haz luminoso obra de atrás adelante, acciona sobre la capa sensible y forma el halo en la superficie adonde va á parar y que por él es impresionada.

Para impedir esa reflexión de la luz se han propuesto varios medios. Los fondos de terciopelo ó de papel negros, encarnados, amarillos, colocados detrás del cristal sensible con objeto de absorber los rayos actínicos, no atenúan el mal sino muy débilmente, porque la reflexión de la luz se realizaba también sobre la capa de aire interpuesto.

Estas mismas superficies mojadas á fin de producir con el cristal un contacto óptico dieron ya mejores resultados, pero el halo se manifiesta todavía. Se han fabricado placas de capas sucesivas bastante espesas para absorber completamente los rayos luminosos y cuya sensibilidad iba aumentando progresivamente; pero el procedimiento es costoso, y sin hablar de la dificultad mayor del desarrollo, el halo reaparece en los casos de las luces intensas.

Con mayor éxito se han extendido al dorso de las placas sensibles, antes de exponerlas, capas de barniz, de colodion ó una disolución de caucho en bencina, teñidas de encarnado ó de amarillo: este era ya un progreso real muy apreciable, porque el halo resultaba casi nulo.

Recientemente se ha propuesto el *ocrage* de las placas, que consiste en pasar con un pincel por el dorso de éstas una especie de creta formada con ocre encarnado en polvo, 100 partes; dextrina, 50; agua, 50; glicerina, 5. Algunos clisés tomados á contraluz sobre placas de este modo preparadas no presentaban el menor vestigio de halo; pero, aun prescin-

diendo de las manipulaciones molestas que este procedimiento exige, no se ha conseguido todavía la perfección, por lo menos en teoría, pues cabe que se produzca un pequeño halo.

Mas como las mejoras conseguidas son verdaderamente notables y pueden ser útiles á los aficionados, por esto hemos querido señalarlas haciendo las precedentes indicaciones. - MAGUS.

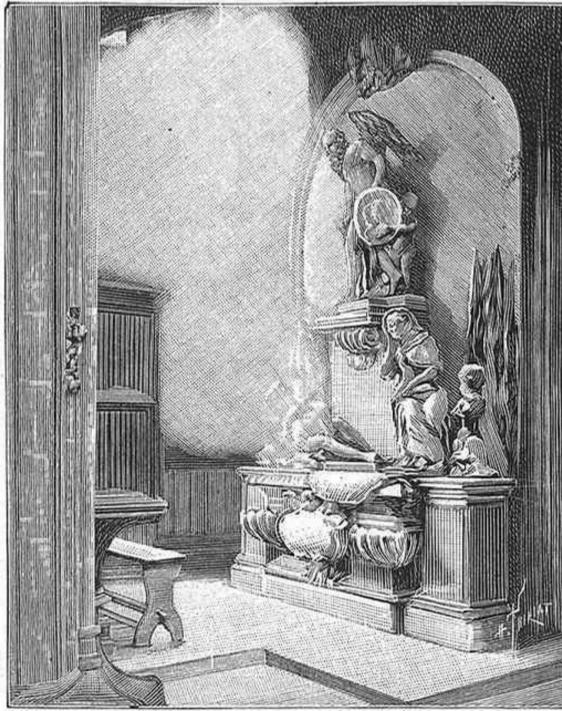


Fig. 2. - Fotografía de la misma escultura con el halo

FASCINACIÓN DE LAS SERPIENTES

El poder que tienen las serpientes de magnetizar, ó por mejor decir, de fascinar á su presa, es un hecho discutido, acerca del cual vamos á hacer algunas consideraciones.

Muchas personas me habían hablado de ello, unas negando que fuese posible, otras afirmándolo y aun pretendiendo haber visto con sus propios ojos al reptil fascinando su presa: no sabía yo á quién creer, cuando recientemente fuí testigo de un acto de fascinación real. Hallándome de caza una mañana oí, en un gran grupo de tuyas, gritos plañideros y entrecortados de un pájaro, y en la creencia de que se trataba de una culebra que se disponía á devastar un nido, acerquéme á la arboleda: en una rama situada á unos treinta centímetros del suelo vi un collalba macho (*Saxicola rubetra*) que agitaba las alas y la cabeza, gritando de una manera desesperada, sin que mi presencia le distrajese. No viendo más que el pájaro, preguntábame qué podía espantarle hasta tal punto, cuando en el fondo del grupo de árboles distinguí una serpiente de color pardo que se arrastraba lentamente. No queriendo perder aquella ocasión de adquirir datos positivos acerca de la pretendida fascinación de las serpientes, esperé á ver qué sucedería: el reptil avanzó hasta colocarse debajo de la rama en que estaba el pájaro, y levantando la cabeza verticalmente enroscóse en forma de 8. No era una culebra, sino una pequeña víbora (*V. brachyura*): disparé sobre ella y la maté, y el pajarillo, que durante la escena no había cesado de gritar y agitarse, echó á volar de pronto, alejándose sin darme siquiera las gracias.

Examiné atentamente la víbora y noté que la pupila en vez de ser ovalada y gris azulada, como en las demás víboras de su especie, era redonda, á pesar del sol que hubiera debido contraerla, y de un negro brillante. Era una víbora vieja de 63 centímetros, de colmillos pardos, uno de ellos en perfecto estado y otro roto y sustituido por uno nuevo que apenas asomaba.

No quiero sacar deducciones de este hecho; pero á juzgar por lo visto, creo que la serpiente ejerce realmente una acción sobre el animal apetecido.

Hay quien pretende que la presa se arroja en las fauces del reptil; sin embargo, he observado, por el contrario, que es la serpiente la que va hacia su presa.

GUSTAVO LE COMPTE

**

NUEVO APARATO DE DESTILACIÓN FRACCIONADA

En química orgánica constantemente hay que separar en una mezcla líquidos desigualmente volátiles por una destilación continua entre dos temperaturas:

la mayor parte de los aparatos de destilación fraccionada tienen muchas soldaduras, razón por la cual los aparatos resultan muy frágiles y caros.

M. Sidney Young, de la Sociedad Real de Londres, ha hecho construir recientemente un aparato sumamente sencillo y sólido: consiste en un tubo largo con estrangulaciones, cada una de las cuales sirve para sostener una pequeña tela de platino muy fina que á su vez lleva un tubo de cristal terminado en gancho. Durante la destilación el vapor arroja á la parte superior de los tubos el líquido que se acumula en el codo inferior y que vuelve luego por rezumo por las paredes. Este aparato que reproducimos en esta página, ha dado buenos resultados con mezclas tituladas. - S. DE B.

**

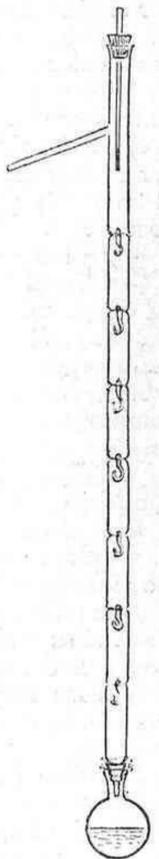
LA DISTRIBUCIÓN DE ENERGÍA ELÉCTRICA EN LA FÁBRICA DE HENRIÓN, DE NANCY

Bien conocidas son las ventajas que ofrecen las distribuciones de energía eléctrica en las fábricas, no sólo para el alumbrado, sino que también para la fuerza motriz y otras varias aplicaciones. Buena prueba de ello son los talleres de construcción que M. F. Henrión tiene establecidos en Nancy.

La instalación comprende una máquina de vapor horizontal de condensación, de 150 caballos á la velocidad angular normal de 75 vueltas por minuto, que gobierna por medio de una correa una dinamo de una potencia de 105 kilowats á la diferencia de potencial de 110 volts con 380 vueltas por minuto. El regulador del motor de vapor y el regulador de la máquina dinamo están combinados de tal manera que el *voltage* permanece constante para variaciones muy bruscas de carga, de 100 wats á 120 kilowats. De la sala de máquinas parten varios conductores que atraviesan los talleres y proporcionan en todos ellos la distribución de la energía eléctrica. Esta, además de las lámparas de arco y de incandescencia destinadas al alumbrado, alimenta un gran número de aparatos de diversa aplicación. Entre ellos citaremos en primer término una bomba centrífuga gobernada por un motor eléctrico de 15 amperes que tomando el agua de la condensación de la máquina de vapor la hace circular para que se enfríe y la devuelve luego á la máquina. En la misma fábrica encontramos motores eléctricos de 71'5 y 24'2 kilowats para las pruebas de las dinamos, un motor de 60 kilowats para las transmisiones, otro de 6'6 kilowats para gobernar una sierra de cinta y varias más para mover sierras circulares, sierras de cinta y ventiladores de distintas potencias. Mencionaremos también varios aparatos eléctricos para calentar los palastros, soldadores, braserillos eléctricos que sirven á los obreros durante el invierno, sin olvidar la distribución eléctrica de la hora en toda la fábrica. Como se ve, la energía eléctrica es utilizada para una serie de interesantes aplicaciones que prestan importantes servicios.

No pudiendo extendernos en explicar detalladamente estos aparatos, pues ello exige grandes estudios, describiremos especialmente una grúa eléctrica que se utiliza para los transportes y maniobras en la fábrica. Esta grúa, que nuestro grabado representa, está instalada en los talleres y puede cambiar de sitio en una longitud de 80 metros: tiene una flecha de cinco metros que puede girar alrededor de su eje, pudiendo por lo tanto prestar sus servicios en una anchura de 10 metros.

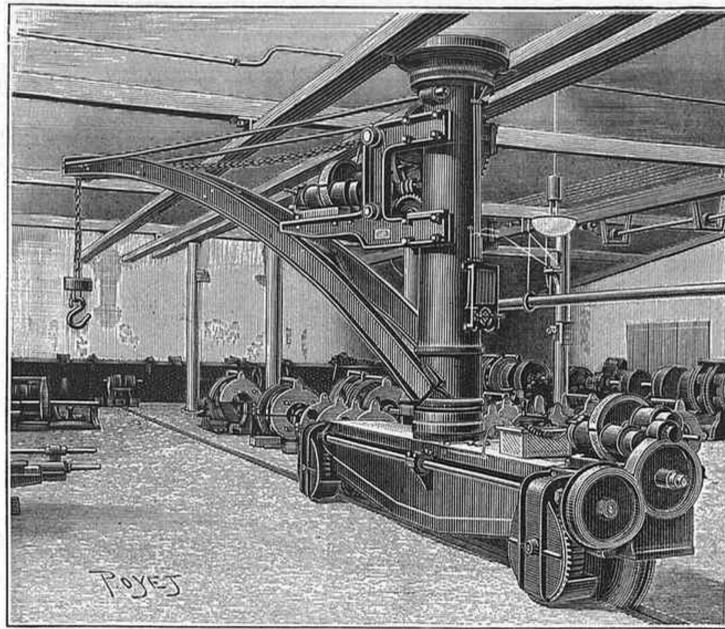
Dos motores eléctricos gobiernan respectivamente los movimientos de traslación y elevación. El motor colocado en la parte de atrás, en el carromato, de una potencia media de dos kilowats, gira con una velocidad angular de 600 vueltas por minuto y mueve dos engranajes intermediarios que en nuestro grabado están tapados. El último engranaje mueve una rueda dentada que va montada sobre un vástago longitudinal colocado en toda la longitud de la grúa. Este vástago lleva, delante y detrás, dos tornillos tangentes que obran sobre las ruedas motrices, y éstas, que giran con una velocidad de 80 vueltas por minuto, se mueven en un riel que se ve en nuestro grabado. La grúa está guiada en su parte superior por una rueda maciza



Nuevo aparato de destilación fraccionada

que se desliza entre dos hierros longitudinales. La energía eléctrica es conducida desde la máquina por dos hilos desnudos puestos sobre aisladores y la toma de corriente se efectúa por frotadores. El movimiento de elevación se obtiene por medio de un segundo motor eléctrico que se puede ver en el grabado en la parte superior de la grúa y que se apoya en un lado de la flecha. Este motor, de una potencia de 3'3 kilowatts, gobierna por medio de varios engranajes y tornillos sin fin un tambor de cabria, al cual se enrolla una cadena que lleva en su extremo un garfio para suspender los objetos que se han de elevar. Un conmutador-reostato colocado al lado del motor del carromato permite graduar á voluntad la velocidad del movimiento y obtener la marcha hacia adelante y hacia atrás por la inversión de la corriente en los inductores. El motor del movimiento de elevación está regulado por un reostato especial puesto sobre la columna de la grúa. Las escobillas de los motores son de carbón y de calada constante. El descenso no puede efectuarse demasiado rápidamente, porque el motor, convertido entonces en generatriz, forma freno.

He aquí algunas cifras relativas á las condiciones de funcionamiento de este interesante



Vista en conjunto de una grúa eléctrica de seis toneladas instalada en los talleres de M. F. Henrión, de Nancy

aparato. Sin carga, á 110 volts, el motor que gobierna el movimiento de traslación adquiere una intensidad de 20 amperes en el desamarre y de 10 amperes, por término medio, para una velocidad de 17 metros por minuto. En las mismas condiciones el motor del movimiento de elevación consume 12 amperes en el desamarre y se mantiene luego á 3'5 amperes. La cadena efectúa su movimiento de descenso con una velocidad de 2'16 metros por minuto. Con una carga de 2.190 kilogramos la intensidad media tomada por el motor del movimiento de traslación es de 10 amperes si la flecha está en el mismo plano que el cuerpo de la grúa y de 18 si la posición de la flecha es perpendicular á la de éste. Con la misma carga el motor de elevación consume 27 amperes y mueve la cadena con una velocidad de 1'60 por minuto.

Tales son en resumen las principales disposiciones de una fábrica en donde la energía eléctrica se utiliza para las más variadas aplicaciones, como el alumbrado, la fuerza y la calefacción. Sólo nos resta añadir que estas diferentes instalaciones han dado los resultados más satisfactorios desde el punto de vista de la comodidad, de la facilidad de maniobras y de la economía. — J. LAFFARGUE.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disponen casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GÉLIS & CONTÉ Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de B ERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestion, curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias

Las Personas que conocen las **PILDORAS del D. DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE JORET-HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FA. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—Precio: 12 REALES.
 Batir en el rótulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^{ia}, Nos. 102, R. Richelieu, Paris.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTENTINOS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILLOVE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



LA CAPILLA NACIONAL RUSA QUE DIRIGE EL MAESTRO DMITRI SLAWIANSKI D'AGRENEFF (de fotografía de Rus)

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrófulosas* y *escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso* de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^a, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD

Con Ioduro de Hierro inalterable.

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Solucion **BLANCARD**
 y **Comprimidos de Exalgina**

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
 DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

Exijase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Agua Léchelle

HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los *flujos*, la *clorosis*, la *anemia*, el *apocamiento*, las *enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *esputos de sangre*, los *catarrros*, la *disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los organos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del *Agua de Léchelle* en varios casos de *flujos uterinos* y *hemorragias* en la *hemotisis tuberculosa*.

Depósito general: Rue St-Honoré, 165, en Paris

Frasco 6 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -

LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó *Leche Candès*

para ó mezclada con agua, disipa *PECAS*, *LENTEJAS*, *TEZ ASOLEADA*, *SARPULLIDOS*, *TEZ BARROSA*, *ARRUGAS PRECOCES*, *EPLORRENCIAS ROJECES*.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES etc.

B^a St-Denis, 36

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el *Jarabe Laroze* se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las *gastritis*, *gastraljias*, *dolores* y *retortijones de estómago*, *estreñimientos rebeldes*, para facilitar la *digestion* y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la *epilepsia*, *histeria*, *migraña*, *baile de S-Vito*, *insomnios*, *convulsiones* y *tos* de los niños durante la *denticion*; en una palabra, *todas las afecciones nerviosas*.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las *Afecciones del Estómago*, *Falta de Apetito*, *Digestiones laboriosas*, *Acedias*, *Vómitos*, *Eruetos*, y *Cólicos*; regularizan las *Funciones del Estómago* y de los *Intestinos*.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los *Cólicos periódicos*

E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, 1^a PARIS
 LA MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
 preparado con bismuto
 por Ch. Fay, perfumista
 9, Rue de la Paix, PARIS

El mejor y mas célebre polvo de tocador

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN